REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII — San José, Costa Rica — **1936** — Sábado 8 de Agosto — Núm. 6

Año XVIII — No. 766

SUMARIO

José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos (1)

Por MANUEL ROJAS

= De *Sech*, Revista de la Sociedad de Escritores de Chile. Santiago, julio de 1936. =

Señoras y señores:

La Sociedad de Escritores de Chile, al organizar esta veleda en conmemoración del cuadragésimo primer aniversario del fallecimiento de José Martí, ha querido, antes que nada, exteriorizar la simpatía y la admiración que siente por aquellos hombres, tan escasos en número, que han legado a las generaciones de su país y de Hispanoamérica el ejemplo de su vida y de su obra.

Y al hablar de obra no me refiero, en este caso, a la labor de escritor de José Martí, a sus dotes de periodista o a su elocuencia de orador. José Martí se me presenta, de preferencia, bajo una luz que domina todas las que surgen de su rica y variada personalidad. Al pensar en él no lo veo como escritor ni como orador, aunque sé que existió como lo uno y como lo otro y que en ambos sentidos su obra es resplandeciente. Pero el escritor y el orador son, en el espacio y en el tiempo, individuos incompletos: como lo primero, no se proyectan sino sobre reducidas zonas del espíritu colectivo; como lo segundo, sólo en aquellos momentos en que hablan. José Martí, orador, pudo dominar y admirar a los que le escucharon: una vez muerto, esa dominación y esa admiración, desaparecen, y aunque sus discursos puedan haber sido incorporados a su obra de escritor, ésta, por su condición de pensamiento impreso, no llega ya a la masa del pueblo de donde Martí salió y en donde, realmente, José Martí vive en toda su grandeza, no en su grandeza literaria, no en su grandeza oratoria, pero sí en su grandeza revolucionaria José Martí, más que escritor, más que orador, más que nada, es para mí el arquetipo del revolucionario, mejor dicho, es una de las imágenes más puras del espíritu revolucionario de Hispanoamérica.



José Martí
Por Mario Córdobés

Día llegará en que todas las figuras prominentes de Hispanoamérica serán examinadas, no en relación con su clase, no en relación con su fortuna o con su inteligencia, sino en relación con sus pueblos; se buscará el aporte que trajeron y dejaron de ellos, en qué forma eterna los enriquecieron y qué imágenes dejaron en el espíritu de ellos. Veremos entonces que la mayoría no son sino figuras de arena o de hojarasca, hombres que conquistaron, gobernaron o dominaron sólo en nombre de intereses de partido y de clases o en nombre de intereses menos confesables; poquísimos gobernaron a los pueblos por lo pueblos mismos, y éstos no guardan de ellos más que recuerdos superficiales e inútiles; pasaron a la historia más por necesidad de la historia misma que por derecho adquirido.

En este sentido, que a muchos parecerá sin valor, pero que lo va teniendo más y más alto a medida que las masas populares adquieren conciencia de su destino histórico, en este sentido, digo, la figura de José Martí es una estrella inapagable y de magnitud alfa. Enriqueció a su pueblo con una imagen que nada ni nadie podrá ya hacer desaparecer. Podrán venir todos los Machados del mundo, grandes o chicos, astutos o crueles, brutales o hipócritas; todas las escuadras imperialistas podrán echar ancla en la bahía de La Habana; todas las **corporations** podrán aposentarse en la isla y devorar, como la langosta bíblica, su azúcar o su tabaco; mas nadie podrá quitar al pueblo cubano la imagen de Martí, la imagen de aquél que engrandeció, hasta más allá del temor a la muerte, el espíritu revolucionario de su pueblo.

Porque el hombre que engrandece, en alguna forma, el espíritu de su pueblo, permanecerá en él hasta el fin de las generaciones, en tanto que aquél que pretenda amenguarlo sólo será, en el transcurrir histórico, una sombra que las generaciones irán más y más, empujando hacia el olvido.

En la historia moderna los pueblos se valorizan, más que por otra cosa, por las transformaciones sociales que han realizado. ¿Por qué Rusia atrae hoy las miradas de todo hombre culto no ligado a intereses de partidos o de clases? Por su revolución. ¿Por qué Francia tiene, en el presente y en el pasado, tan inmenso prestigio? Por su revolución. ¿Por qué México es, entre todas las naciones de Hispanoamérica, la que más atracción posee? Por sus revoluciones. Porque las revoluciones a pesar de que la palabra sugiere siempre temor, no representan sólo un afán de matar o un deseo de morir; ellas indican vitalidad, indican que los pueblos poseen espíritu y que ese espíritu, encontrando estrecha la forma social o política, pretende superarla. Ellas engendran nuevas formas sociales, nuevas fórmulas jurídicas, nuevas culturas económicas y artísticas. Hispanoamérica necesitó una revolución para surgir a la vida histórica; la necesitó también Estados Unidos y la necesitaron asimismo muchas otras naciones. Pero el ciclo no está cerrado, e Hispanoamérica y Estados Unidos y todas las otras naciones deberán nuevamente realizarlas a medida que nuevas estructuras económicas, nuevos conceptos jurídicos y nuevas exigencias morales vengan imponiéndose en el mundo.

—Las revoluciones—decía Martí—son nada más que una de las formas de la evolución. Debió haber dicho: una forma impaciente de la evolución.

Ahora, si recordamos que las revoluciones las hacen los pueblos, aunque, desgraciadamente, no siempre en provecho propio, reconoceremos el valor que Martí posee en cuanto enriquecedor del espíritu revolucionario de su pueblo. Porque éstos, para poder subsistir espiritualmente, necesitan arquetipos, y aunque estos arquetipos no sean sino representaciones dinámicas, símbolos que representan movimiento y acción; aunque no sean sino valores que la dorada mediocridad considera

(1) Discurso leído en la Universidad de Chile, el 19 de Mayo de 1936

de baja orden, ellos son los únicos que rigen su vida anímica, los que fijan su carácter y los que forjan su futuro. Estos símbolos, o estos arquetipos, que en ocasiones vienen del fondo oscuro de la horda o del clan, o que son adquisiciones recientes, se heredan en los pueblos con la misma fijeza fisiológica de los rasgos raciales. Los pueblos, la masa de los pueblos, no tienen hasta hoy, debido a su condición de siglos, símbolos o arquetipos intelectuales; sólo tienen los que he indicado: de fuerza y de acción, emocionales.

De esta manera el pueblo de Chile no sabe sino en ínfima proporción quién era o si existió don Alonso de Ercilla y Zúñiga; igualmente, ignora la existencia de don Mariano Egaña; pero sabe demasiado bien quién era Caupolicán y no olvidará nunca a Manuel Rodríguez, a pesar de que el primero no era poeta ni de que el segundo escribió Constitución Política alguna. Estos dos seres, fabulosos o reales, al pueblo no le importa averiguar si son lo primero o lo segundo, han sido incorporados a los arquetipos de la raza y son, conjuntamente con otros, sus dioses, el ejemplo que obscuramente pretenden imitar y que en los momentos decisivos surgen de su alma y lo empujan al heroísmo y a la muerte.

Estos arquetipos se transmiten en los pueblos por tradición oral y aun aquellos que son pura creación literaria, llegan a ellos en la misma forma. La creación literaria rebasa, debido a la fuerza de su genio, los reducidos moldes del pensamiento escrito y se derrama sobre los pueblos, cumpliendo así una de sus funciones más nobles y menos conseguidas: enriquecer al pueblo con imágenes que engrandezcan su alma elemental y profunda. En la trayectoria, estas imágenes, como sucede con los proyectiles de gran potencia, se desfiguran un poco, pero a pesar de esto llegan al pueblo con todo su dinamismo y su poder expansivo.

Y aunque no sea éste el caso de Martí, pues Martí como hombre, como escritor y como revolucionario está más allá de toda creación literaria, podemos decir que es muy posible que el pueblo cubano ignore su obra literaria, y, lo que es peor, no la eche de menos; pero al revolucionario, al hombre, por no usar una palabra menos académica, a ése no lo ignora ni lo olvidará nunca, como no olvidará a Maceo, a Máximo Gómez, y a todos aquellos que durante décadas defendieron, fusil o machete en mano, la independencia cubana.

* * *

Este aspecto civil de Martí cobra más relieve si recordamos que era de humilde origen social y que estaba dotado de condiciones intelectuales que en ciertos matices llegaban a la genialidad. Como pobre que era no defendía, al luchar por la inedpendencia de Cuba, riqueza particular alguna; no tenía hacienda que pudiera ser amenazada por la codicia de los opresores ni debía pagar impuestos que le resultaran onerosos o violentos. En este sentido su espíritu revolucionario era puro y sus ideales de libertad no estaban manchados por la ambición de groseros intereses materiales.

Y siendo inteligente y, además, hijo de españoles, condición que en esa época equivalía en Cuba a preferencia y distinción, pudo haber alcanzado con facilidad lo que muchos criollos tal vez apetecían y alcanzaron: fortuna y posición social. Pero este hombre estaba hecho para destinos más eternos aunque más trágicos. Educado y protegido por un hombre intachable, de quien recibió sus dos orientaciones definitivas, la libertad y la belleza, José Martí, crecido en medio del ambiente de revuelta que se respiraba en Cuba desde muchos años, llegó a la vida consciente con un ardor y un ímpetu que le merecieron, a los dieciséis años, una sentencia que empezó siendo de muerte, que se cambió luego en seis años de presidio y que terminó en destierro a España. Desde ese momento, el de su condena, no hubo para él sino un pensamiento: librar a Cuba de la dominación española, no porque ésta fuese española, sino porque era dominación, ya que José Martí no odiaba a España ni podía odiarla desde que él era un fruto de su cultura y una flor de su bravura. Decía en Madrid a un amigo español, después de confesar su amor a la cultura de España:

—Soy separatista, porque España está aquí, pero no en Cuba. Yo, que entre ustedes soy un igual, no seré allí sino un extranjero: viviré en tutela, sometido, sospechado, con todas las puertas cerradas a mi derecho si pido justicia, a mi ambición si soy legítimamente ambicioso...

Los seis meses de presidio que vivió en Cuba dejaron en su alma y en su carne huellas que perduraron tanto como su ansia de libertad. Vió y sintió allí lo que esperaba a los que tuvieran la osadía de soñar en destinos más libres para Cuba. Trabajó en las canteras, a veces con el agua a la cintura, mordida la piel por la cal, por el sol y por el látigo, arrastrando cadenas que le royeron los tobillos. Sin embargo, el dolor ajeno le preocupaba más que el propio. Una epidemia de cólera se desató en el presidio e innumerables compañeros empezaron a derrumbarse en los patios. El los socorría, los incorporaba, les frotaba los miembros, desesperado, mientras el guardia miraba hacer o le apartaba de un empellón.

Llegó a España medio ciego, con una lesión inguinal producida por un golpe de la cadena, pálido, delgado, acabado por el presidio. Tenía sólo diecisiete años. Cuando le presentaron a Zeno Gandía, le dijo estas extrañas palabras:

—Usted no me conoce. Es preciso que antes de darme su mano piense si es digno de estrecharla un hombre ultrajado que aún no ha recibido satisfacción a su decoro.

Y ante la sorpresa del joven sudamericano, José Martí, abriéndose la camisa, le mostró las cicatrices del presidio.

Se recibe de abogado y abandona España. Va a México. Entra a escondidas a Cuba. Pasa a Guatemala y vuelve de nuevo a Cuba, donde permanece catorce meses y de donde sale nuevamente desterrado. Antes de partir, el general Blanco le ofrece ponerlo en libertad a cambio de que declare su adhesión a España. Martí contesta:

—Digan ustedes al general que Martí no es de raza vendible.

Va a España y de allí marcha a Estados Unidos; de aquí pasa a Venezuela, la tierra del sol amada, de donde es deportado. Vuelve a Nueva York y de aquí en adelante su vida es una lucha y un ardor sin fin. Durante toda esta larga via-crucis, desprecia bienestar y comodidad, palabras que carecen de sentido para él. Su obsesión es la libertad de Cuba. Las mujeres florecen a su paso y él sólo coge de ellas la sonrisa de su florecimiento. Aquella que logra retenerlo y ser su esposa, tiene que arrepentirse después. Cuba y su libertad están por encima de todo. Conspira, escribe, habla, organiza revoluciones que fracasan. Es admirado y odiado. Jorge Mañach, uno de los muchos biógrafos de Martí, cuenta:

"Al llegar Martí un día con Ramón Rivero a un taller de Tampa, los obreros se quedan, contra su costumbre, sentados, y en silencio. Alguien oye murmurar: "Ya llegó el bandido". Pero Paulina Pedroso, una mulata, que ha cruzado la calle detrás de Martí, sube a la tribuna y dice:

"—¡Caballeros: si alguno de ustedes tiene miedo de dar su peseta o de ir a la manigua, que me dé sus calzones, y aquí tiene mi camisón!"

Los viejos revolucionarios, aquellos que han visto llegar su vejez peleando en la manigua, aunque reticentes al principio, concluyen por amarlo como a un hijo. El les paga con igual largueza. Trabaja de noche y de día, urde, da órdenes, se afana, expone su vida o su libertad, mendiga, suplica. Escribiendo a un rico cubano en demanda de dinero para preparar la revolución, le dice:

"Todo minuto me es preciso para ajustar la obra de fuera con la del país. ¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado y con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando usted, con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura y de encubrir, con mi serenidad mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación; y usted, que lo vé todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me vé padecer, ¿me dará estos momentos—acaso los últimos de mi vida—de gloria y de respiro, o me dejará solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su patria, suplicando en vano, lamiendo la tierra lo mismo que un perro".

En ocasiones el cansancio le baja las manos y le entristece el alma. Sus manos, que ya echan de menos armas más pesadas con que defender a Cuba, rechazan la pluma. Otras veces, la visión de su muerte la asalta. Dice:

"Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de la sepultura; y sé que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos... La muerte o el aislamiento serán mi único premio".

Por fin, después de agonías y de contrariedades sin fin, logra organizar una revolución. Ha conseguido dinero, tiene tres barcos con armas y hombres y sólo espera un aviso para lanzarse a la lucha. Pero interviene el gobierno de los Estados Unidos y

los tres barcos son confiscados. Es la catástrofe, y la desesperación se apodera de Martí. Pero no es ésta una desesperación pasiva. Martí parte para Cuba con lo que le ha quedado: se une a sus generales y prepara el ataque. Por donde pasa deja alegrías y esperanzas, levanta a los abatidos, anima a los reacios y él mismo, días antes de morir, escribiendo a sus amigos, confiesa que es la primera vez que se siente hombre después de haber vivido años y años avergonzado, arrastrando las cadenas de su patria. "Me siento puro y leve—dice—y siento en mí algo como la paz de un niño".

Esa paz se le torna completa a las pocas horas. En el potrero de Dos Ríos, José Martí cae bajo las balas españolas. Delante de su ataúd, el coronel Jiménez de Sandoval pregunta a los civiles allí presentes si alguno de ellos desea hablar. Como nadie responde, pronuncia él estas palabras:

"Señores: Cuando pelean hombres de hidalga condición, como nosotros, desaparecen odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo... Los militares españoles luchan hasta morir; pero tienen consideración para el vencido y honores para los muertos".

Así vivió y así murió José Martí, héroe de Cuba y una de las imágenes más puras del espíritu revolucionario de Hispanoamérica.

Lo que pasa en Francia

Introducción al artículo VI

Por ENRIQUE HEINE

París, 19 de abril de 1832

No pretendo robar a los talleres de los partidos su trivial escala para medir con ella los hombres y las cosas; aún menos pretendo determinar el valor y la magnitud de unas y otras conforme a los sentimientos y deseos particulares, sino que más bien deseo, sin partido preconcebido, procurar la inteligencia del presente y buscar, ante todo, en el pasado la clave del ruidoso enigma del día. Los salones mienten; las tumbas son veraces. Pero, ¡ay!, los muertos, fríos recitadores de la historia, hablan en vano a la muchedumbre embravecida, que sólo comprende el lenguaje de la pasión.

Cierto es que los salones no mienten a sabiendas. La sociedad de los poderosos cree sinceramente en la duración eterna de su poder, aunque los anales de la historia universal, el llameante **Mene-Tekel** de las hojas diarias, y hasta la clara voz del pueblo en las calles, prodiguen sus advertencias. Tampoco los corrillos de la oposición mienten deliberadamente; se creen muy seguros de vencer, como, en general, los hombres creen siempre lo que desean; se embriagan con el champagne de sus esperanzas, interpretan cada contratiempo como un acontecimiento necesario que los acerca más a la meta. En la víspera misma de su perdición irradian confianza, y el mensajero judicial que les notifica legalmente sus derrotas les suele encontrar disputando la piel de oso. De ahí esos errores de visión a los que no se puede sustraer quien se aproxima a uno u otro partido; todos se engañan sin querer, y nos fiamos preferentemente de aquellos amigos que piensan como nosotros. Si por azar somos de carácter tan indiferente que, sin inclinación particular, nos tratamos de continuo con todos los partidos, entonces nos confunde la seguridad y suficiencia que advertimos en todos ellos y nuestro juicio queda fastidiosamente neutralizado. Hay indiferentes de esta clase, que no tienen opinión propia ni participan en los intereses de la época, que sólo quieren esclarecer lo que en verdad acontece y, por tanto, escuchar las murmuraciones de todos los salones y prestar la **chronique escandaleuse** de cada partido en la casa del otro.

Se tropieza con muchos indiferentes de esta clase que dondequiera no ven más que personas y no cosas, o que más bien en las cosas sólo ven las personas, y que profetizan la ruina de aquéllas porque conocen la debilidad de éstas y, por esto, guían a los errores y faltas más perniciosas a sus respectivos comitentes.

Tengo que llamar aquí particularmente la atención sobre la desproporción que existe actualmente en Francia entre las cosas, es decir, los intereses materiales y espirituales, y las personas, es decir, los representantes de estos intereses. Cosa distinta ocurría a fines del siglo pasado, en que los hombres todavía colosales se elevaban a la altura de las cosas, de suerte que formaron en la historia de la Revolución el tiempo heroico, por así decir, y que como tales son ahora celebrados y amados por nuestra juventud republicana. ¿O es que nos engaña, en este respecto, el mismo error que encontramos en madame Roland, que en sus **Memoires** se queja amargamente de que entre los hombres de su tiempo no hay uno solo importante? La pobre mujer no conocía su propia grandeza y no advertía, por tanto, que sus contemporáneos eran ya bastante grandes, porque en nada cedían a ella en cuanto a estatura espiritual. Todo el pueblo francés ha crecido tan vigorosamente en altura, que acaso seamos injustos con sus representantes públicos, que, si no sobresalen especialmente de la multitud, no por eso deben ser llamados pequeños. Ahora ante el crecido bosque, no se pueden ver los árboles. En Alemania vemos lo contrario: una cantidad superabundante de troncos mutilados y pinos enanos, y entre ellos, aquí y allá, algunas encinas gigantes, cuya cabeza se alza hasta las nubes, mientras abajo los insectos roen el tronco.

El día de hoy es el resultado del de ayer. Si queremos saber lo que aquél quiere, debemos averiguar lo que éste ha querido. La Revolución es una y la misma; no es, no, como quisieran hacernos creer los doctrinarios, por la Carta por lo que se peleó durante la gran semana, sino por los mismos intereses de la Revolución, a los que se ha sacrificado la mejor sangre francesa desde hace cuarenta años. Pero para que no se vea en el autor de estos artículos uno de esos predicantes que por revolución sólo entienden trastorno y derrumbamiento y toman por lo esencial de la revolución los hechos fortuitos, quiere dejar definido, con la exactitud posible, el concepto fundamental.

Cuando la cultura de un pueblo y las costumbres y necesidades que de ella nacen no están ya de acuerdo con las viejas instituciones del Estado, entra necesariamente con éstas en una colisión que tiene por consecuencia su transformación, y se llama una revolución. Mientras la revolución no está terminada, mientras la transformación de las instituciones no concuerda por entero con la cultura intelectual y las costumbres y necesidades del pueblo emanadas de ella, la enfermedad del Estado, por así decir, no está completamente curada, y el pueblo enfermo, sobreexitado, caerá muchas veces en la calma desmayada del abatimiento; pero en seguida, arrebatado de nuevo por el ardor de la fiebre, arrancará de sus viejas heridas los vendajes más ceñidos y recios y las hilas más benéficas, arrojará por la ventana los enfermeros más generosos y, dolorido y desazonado durante mucho tiempo, se revolverá de un lado y de otro hasta encontrarse colocado por sí mismo entre las instituciones adecuadas.

La pregunta de si Francia ha llegado al reposo, de si esperamos nuevos cambios políticos, y, por último, cuál será el fin de todo ello, estas preguntas debían ser formuladas más exactamente de este modo: ¿Qué impulsó a los franceses a iniciar una revolución? ¿Han alcanzado lo que necesitaban? Para responder a estas preguntas, en los próximos artículos trataré del comienzo de la Revolución. Esta tarea es doblemente útil, porque al tratar de explicar el presente por el pasado, al mismo tiempo se hace notorio cómo éste, el pasado, sólo en función de aquél, del presente, encuentra su comprensión más recta, y como cada nuevo día arroja una nueva luz sobre él, cosa de la cual nuestros "escribidores" de manuales no tienen la menor sospecha. Ellos creían que los actos de la Revolución estaban cerrados, y, en consecuencia, ya habían pronunciado su último juicio sobre hombres y cosas. De pronto tronaron los cañones de la semana grande, y la Facultad de Gotinga descubrió que se apelaba de las decisiones de su Colegio académico ante una instancia superior, y que no sólo la revolución especial de los franceses estaba aún inconclusa, sino que comenzaba una revolución aun más amplia. Cómo debieron espantarse estas gentes apacibles cuando, una mañana temprano, al asomar la cabeza por la ventana, contemplaron el derrumbamiento del Estado y de sus compendios, y, a través de su espeso gorro de dormir, las notas del himno marsellés percutían en sus oídos! En realidad, que en 1830 la bandera tricolor flameara algunos días sobre las torres de Gotinga, ha sido una broma de estudiante que la historia universal se ha permitido con los eruditos filisteos de Georgia Augusta. En esta época demasiada seria, se necesita alguna que otra aventura desintrestecedora de esta clase.

Ya es mucho a guisa de preparación de un artículo en que me ocuparé de esclarecer el pasado. El presente es lo más importante en este momento, y el tema que me ofrece es de tal naturaleza, que de él depende que pueda escribir más.

LATITUD ECUATORIAL

Desde el Guayas al Chimborazo

Por AMANDA LABARCA H.

= *Envío de la autora*. Ciudad de Panamá, ulio de 1936 =

(Para mis amigos de los Lunes)

El Guayas.

Sobre el potente flujo de la marea asciende el barco el estuario del Guayas, rumbo a la ciudad de Guayaquil. La mañana es todavía niña: viste de azul y sonríe con su cara recién lavada por la lluvia de la noche anterior. El barco, el río, sembrado de plantas acuáticas, las riberas verdes, los bananos a la distancia, construyen una magnífica, opulenta y policroma decoración teatral del trópico, a la moda cinesca. José Eustasio Rivera y después los autores contemporáneos que nos han descrito el embrujo infernal de la selva, y mis escasas experiencias en la zona tórrida, todo me hace recelar de esta decoración. Bajo las plantas acuáticas imagino a los caimanes acechantes; a la sombra del banano, los alacranes, las serpientes, los insectos carniceros. Hermosísimo el trópico para mirarlo. Otra cosa es vivir en él.

Según nos aproximamos a la ciudad, van emergiendo a la orilla misma del río, chozas de cañas, levantadas sobre pilotes, ligeros muelles de atraque para las barcazas que traen las piñas, el arroz, los apretados racimos de bananos y la madera de balsa, tan codiciada por su livianura. Se introducen en el agua uno que otro astillero, y después aparecen los edificios de mampostería de la moderna Guayaquil.

En la tarde de un sábado.

Cada cual cuenta de la feria como le va en ella —afirma el adagio—. Otros dirán que Guayaquil es el emporio del cacao—el grano de oro—como lo califican con razón los mercaderes; que la industria de los sombreros de toquilla ha dado fama mundial a los de Montecristi por su delicadeza sin par, que el azúcar, el arroz, el banano y el café se exportan así mismo en gran abundancia. Yo sólo diré algo de la vida intelectual de la ciudad.

Al arribo, una delegación viene a saludarnos. Nos invitan a la presentación de alumnas del Conservatorio de Música que esa tarde tiene lugar. El ambiente porteño —nos aseguran— no es propicio a las expansiones culturales, pero de todos modos el entusiasmo de algunos suple la indiferencia de los más.

Henos, pues, introducidos inmediatamente a los medios estudiantiles que nos son familiares. El nerviosismo de los muchachos, las idas y venidas detrás de bastidores, la simulada calma de los maestros, es igual aquí como en Santiago. La música —¿cuántas veces no la hemos escuchado, aun con los mismos acentos?

Una conferencia solemniza el acto. La sustenta una dama: doña Rosa Borja de Icaza Carbo, autora de obras teatrales que hn dado la vuelta al continente, ensayista, escritora estudiosa, impulsadora de la acción social y filantrópica de sus coterráneas, esposa del actual Gobernador de la Provincia del Guayas y madre de varios hijos.

Mientras la escuchamos, sentimos crecer hacia ella simpatía y admiración. Donosa, todavía joven, de elegancia sencilla, no habría necesitado ni talento ni dedicación, ni esfuerzos, para ocupar sitio prominente dentro de su sociedad. Le habría bastado existir. Sin embargo, trabaja como la que más. Para el arte, el feminismo, la acción social, para su hogar y su familia, para todo halla momento adecudo. Es conservadora, pero sin incomprensiones, intolerancias ni fanatismo. Aspira a unir a todas las mujeres del continente en una gran cruzada de fraternidad y no la arredran las dificultades. Si sobresalir en un medio propicio es ya ejecutoria valiosa, dedicarse al cultivo de la belleza, de la bondad inteligente, de la fraternidad humana amplia, es muchísimo más meritorio en ambientes que escatimaron las recompensas y no comprenden el significado de estas ofrendas vitales.

Recordaba, escuchándola, un párrafo que me impresionó de modo inolvidable cuando leí las Vidas Paralelas de Plutarco. Refería los consejos que varias personas le dieran para trasladarse desde la pequeña isla donde vivía a Roma. Allí, le aseguraban, encontraría muchísimas informaciones sobre sus personajes, documentación oral y escrita abundante, y la compañía de gentes que sabrían apreciar en su íntegro valor su obra. Y confiesa Plutarco que muchas veces estuvo tentado a aceptar el consejo. Le había detenido la reflexión de que siendo tan pequeña la isla donde vivía, si la abandonara, la dejaría aún más pequeña.

Guayaquil sería, sin duda, menos grande si la señora Borja de Icaza no lo enriqueciera con el don de su vida.

Camino de la sierra.

Hay que cruzar el Guayas y navegarlo por lo menos una media hora para tomar el tren de Quito. Sale de madrugada, porque ha de caminar todo el día. En esas orillas bajas y pantanosas, caldea el sol y el aire se siembra de mosquitos. Mientras que esperamos la partida, nos defendemos más mal que bien de sus aguijones. La estación es pobrísima; el tren, primitivo. Y, sin embargo, por aquí ha salido al mundo la riqueza fabulosa del grano de oro. Es la zona del cacao, que transformó a cada terrateniente en un millonario Hasta no hace mucho, todos vivieron y murieron en París, del producto de sus mieses. Succionaron la riqueza del terruño sin darle nada en cambio. Alimentaron con su fortuna las ciencias, las artes y aun el vicio cosmopolita; y mientras ellos aspiraban los perfumes de una vida ultra-civilizada, el peón cobrizo o negro continuaba como hacía siglos: palúdico, ignorante y mísero. Sus aldeas de caña, apenas embarrada, no tienen signo de civilización moderna.

Coincidiendo con la crisis económica, apareció en estos plantíos una peste ignorada que arrasó materialmente con cada planta de cacao. Se derrumbó como castillo de naipes la riqueza de muchos. Otros hubieron de regresar apresuradamente a las haciendas que sus hijos no conocían. El control de cambios, les retuvo en el país. Tratan de defenderse ahora del comunismo, cerrando el puerto a todo individuo sospechoso. Pero, ¿cómo impedirán que la prensa, el libro, la radio y el cine no porten el contagio? Y ¿cómo van a impedir que el bacilo no prospere en este medio que ellos mismos han preparado durante generaciones con su negligencia, su ausentismo y su qué me importa?

Atraviesa la línea férrea primero campos bajos, verdegueantes, sobre los que pasean airosas y meditabundas las garzas imperiales, después ingenios de caña de azúcar, de arroz y plantaciones de bananos. Arde el aire y parece que toda ropa holgara. Después, enfila el tren por retazos de selva compacta en que las hierbas, los árboles, las enredaderas y los parásitos se apretujan como si todas quisieran y no lograran impedir el paso a las demás; explosión de savia, fecundidad incesante; la lluvia que se desata de pronto, y calor, calor, calor.

En el filo de la tarde, las primeras estribaciones de los Andes se oponen a la línea férrea, y ésta comienza el ascenso. Jadea la locomotora; se estaciona a menudo pidiendo agua para sus calderas, y de pronto —como si cobrase bríos— se lanza flancos arriba, audaz, aquilinamente. Cada zigzag de la ascensión nos aporta un soplo más refrescante. El descenso de la temperatura es sensible minuto a minuto, tan rápida es la subida. A las tres, nos encontramos en plena meseta andina y cuando salgo a la estación para andar un poco, el hálito del día es sutil, penetrante, helado.

El paisaje ha cambiado también. En las ondulaciones de la sierra todo matiz de verde, de amarillo y de ocre luce un retazo refulgente. Cultivada por una raza aborigen milenariamente agricultora, no hay porción de gleba, aun en las empinadas faldas de los volcanes, que no se halle sembrada o en barbecho. Se divisan a la vez todas las etapas del crecimiento, como si no importara la estación. Todo tiempo sirve para arar, sembrar y cosechar. **Hora bona faciendi est**, parece decir la naturaleza en esas regiones altas del Ecuador. Toda hora es buena para trabajar. Y el indio lo siente en la sangre. No necesita del acicate de nadie para subir de mañanita al monte a limpiar su avena o sembrar el maíz.

Continúa el convoy, rampando por sobre el macizo andino, y cerca de la caída de la tarde, nos saluda el Chimborazo. Ha descubierto su alta frente nevada, y en la limpieza del azul refulge como un inmenso brillante. Sereno, majestuoso y próximo. Se le divisa tan cerca que parece invitarnos a ascender por sus cónicos flancos. Entre sus nieves eternas y la altiplanicie verde, no hay línea de separación. La montaña en estas latitudes se cubre de verdura, mientras no se empina para tocarse de nieve.

Estamos en el corazón de la sierra, a más de 3.000 metros de altura. El Chimborazo a un lado, más allá el Tungurahua y lejos el Altar. Crestas portentosamente bellas, aire de una limpieza tal que borra las distancias, frío de nieve y de altura que se entra por los pulmones y canta en el corazón el mensaje de otra clase de vida humana, de infinita pureza, vida de cumbres, que quien sabe si nunca ha sido vivida.

Y con esta canción en el alma, terminamos la primera etapa del viaje.

LAS ADVERTENCIAS DE LA HISTORIA

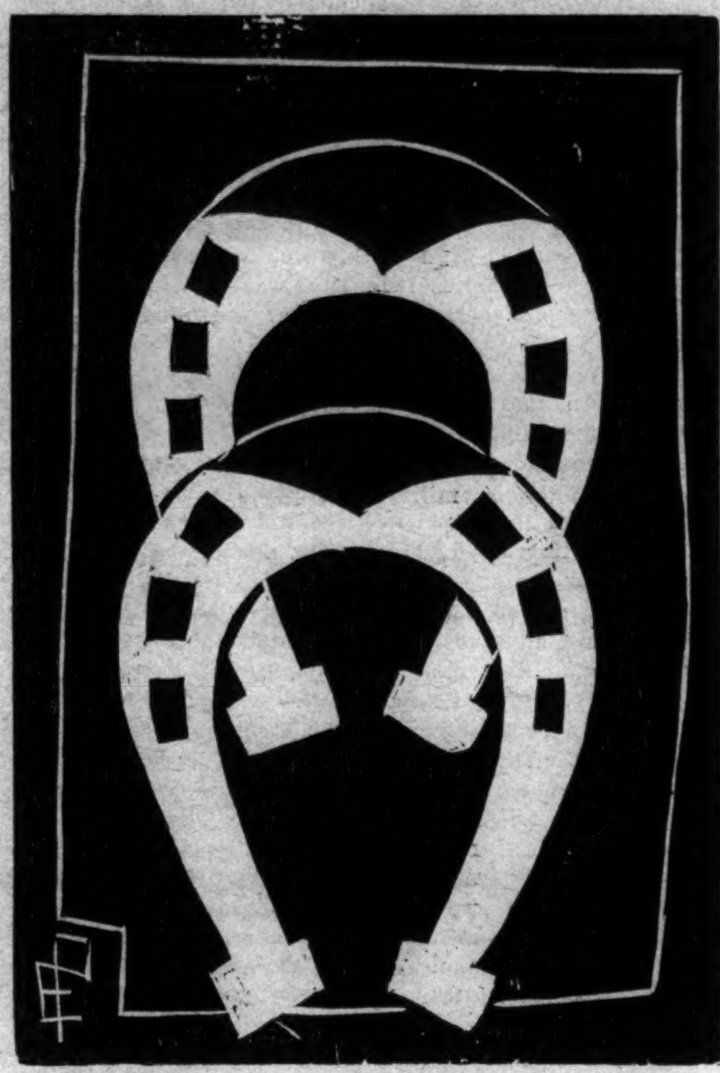
Roma y los Estados griegos de Occidente

¡Unión o muerte, hispanoamericanos, ante la penetración de Wall Street!

Por ARTURO ROSEMBERG

= Fragmentos de la excelente obra *Historia de la República Romana*. —"Revista de Occidente", Madrid, 1926 =

Hacia mediados del siglo IV, el rey Filipo de Macedonia había fusionado la nación griega de la metrópoli. Apoyados por el ejército macedonio, los griegos, bajo el reinado de Alejandro, habían conquistado todo el Oriente. Durante las últimas generaciones habían ido surgiendo varios poderosos Estados coloniales griegos, de los que trataremos más adelante. En cambio, los griegos de Occidente, en Sicilia y el Sur de Italia, no habían sido rozados por esta evolución. Su número, su prosperidad y su cultura los hacían muy superiores a sus enemigos los semitas de Sicilia, y las tribus de Italia; mas para ejercer esa superioridad hubiera sido precisa la unión, y, como casi siempre sucedía entre los griegos, ésta era imposible. Sin duda, mientras los príncipes de Siracusa, aquellos hombres excepcionales llamados Dionisio y Agatocles, mantuvieron unido el helenismo occidental, fueron los griegos superiores a todos sus enemigos. Pero a la muerte del rey Agatocles, acaecida en 289, volvió a reinar el antiguo y acostumbrado caos. Los cartagineses semitas amenazaron a los griegos de Sicilia, y Roma a los griegos de Italia. Y así hubieron estos últimos de solicitar la ayuda de la metrópoli para que el ejército macedónico defendiese a los griegos de Occidente igual que a los de Oriente. El ejército macedónico había demostrado en innumerables batallas ser en aquel tiempo el primero del mundo y sus generales los más peritos en el arte de la guerra. Su infantería, la llamada falange, formaba un cuadro compacto, erizado de lanzas y en absoluto irrompible, y su caballería había rechazado hasta entonces victoriosamente a todos los enemigos. Los griegos occidentales no se dirigieron al mismo rey de Macedonia, sino a otro que podía prestarles idéntico servicio: al rey **Pirro** de Epiro. Los epirotas, pequeña tribu occidental vecina de los macedonios en el mar Adriático, eran hermanos en nacionalidad y constitución militar de los macedonios. El propio Pirro era un aguerrido general, y además el rey de Macedonia puso a su disposición 5.000 soldados de infantería pesada y un buen número de jinetes. Estos macedonios esperaban fortuna en Occidente, como en otro tiempo la tuvieron en Oriente sus hermanos de raza bajo el rey Alejandro. En el año 280 desembarcó en Tarento el rey Pirro con un magnífico ejército compuesto de 20.000 soldados macedonios, epirotas y mercenarios griegos. Mas no olvidemos que no eran los estados de la metrópoli griega los que se lanzaban a la guerra contra Roma, sino un ejército suministrado por la metrópoli, y al cual pudieron unirse los griegos occidentales. La base política, el dinero y los víveres para sostener la lucha habían de proporcionarlos los griegos occidentales. Por sí solo, el pequeño Epiro no hubiera nunca podido aspirar a sostener la guerra con la gran potencia itálica. El fin que perseguía Pirro era llegar a ser jefe del Imperio griego Occidental como antaño lo había sido Agatocles.



huellas

Madera de *Emilia Prieto*

Como era de esperar, el arte guerrero de Pirro demostró su superioridad sobre los bárbaros occidentales. En el año 280 Pirro derrotó a los romanos en Heraclea, cerca de Tarento, venciéndolos de nuevo en 279 cerca de Ausculum, en la Apulia del Norte. Toda la Italia meridional cayó, pues, en poder del rey griego, quien sometió además junto con las ciudades helénicas, a los bruttianos, lucanos, samnitas y mesapios, incluyendo las dos fortalezas latinas del Sur, Luceria y Venusia. En 279 Roma se hubiese quizá avenido a una paz con Pirro, renunciando al Sur de Italia. Pero su amiga Cartago le instigaba a proseguir la lucha. Los cartagineses sabían muy bien que el primer golpe del rey griego se había de dirigir contra ellos, y no querían que Pirro tuviese libres las espaldas. Roma, por tanto, continuó la guerra. Pirro, como era de esperar, abandonó Italia para luchar en Sicilia contra los cartagineses dejando entre tanto a sus aliados de la península encargados de mantener la resistencia contra Roma, cosa que, en efecto, lograron. En Sicilia combatió Pirro tan victoriosamente como contra los romanos. Expulsó de la isla casi por completo a los semitas. En el año 278 podría Pirro creer que había conseguido su objeto; era un hecho la creación de un robusto Imperio griego occidental, que comprendía además a los oscos y a los apulios. De haberse mantenido este Imperio, Roma no hubiera logrado jamás la dominación universal. Pero a la larga, los políticos locales de las ciudades griegas en Sicilia se opusieron a la monarquía militar única, e intrigaron hasta conseguir en 276 desmoronar el Imperio siciliano de Pirro. Ya sin ilusiones, y únicamente por pundonor, tornó éste en 275 a brindar su servicio a sus amigos itálicos. Cerca de Benevento peleó contra los romanos una batalla que permaneció indecisa. Por último, abandonó Italia. Poco trabajo le costó a Roma someter luego a los oscos, mesapios y griegos del Sur.

La infructuosidad—convertida en proverbio—de los triunfos de Pirro obedece a un mal intencionado falseamiento de los hechos. Desde el punto de vista militar, este gran general, hombre excepcional, obtuvo siempre un éxito completo. Si sus triunfos resultaron inútiles, la culpa fué del pueblo griego occidental, que no supo comprender las necesidades políticas del momento.

En la Europa de entonces eran los griegos el único pueblo civilizado; frente a ellos sólo había barbarie, más o menos disfrazada. El derrumbamiento de la unidad griega en Occidente permitió, andando el tiempo, a la plutocracia romana arruinar por completo la Sicilia helénica. Roma, en cambio, alcanzaba su propósito.

—:—

Por el contrario, la **metrópoli griega** tenía igual organización militar que Italia, y, por lo menos, tantos habitantes como Italia. Si los helenos de la península balkánica hubiesen formado un estado único, habrían sido, de seguro, tan fuertes como Roma. Pero este Estado único no existía. Cierto es que, en un principio, el rey Filipo de Macedonia había unido a todos los griegos en una confederación.

Más ésta se había disuelto muy pronto, quedando el reino de Macedonia nuevamente aislado. Las repúblicas griegas, a su vez, proseguían cada una su política propia. De las poderosas repúblicas de la época clásica, Atenas había perdido toda importancia política, pues su armada fué destruída en las guerras contra los macedonios, y la nueva ruta del comercio mundial pasaba ahora por Rodas. Esparta, en cambio, conservaba todavía un poder respetable, acrecentado con la revolución social del siglo III, que había proporcionado nuevas fuerzas al Estado. Pero las grandes potencias de la Grecia libre eran en esta época la confederación etólica, que comprendía la mayor parte de las repúblicas de la Grecia Central y la liga aquea, a la que se había sumado la mayor parte del Peloponeso. El reino de Macedonia podía poner en pie de guerra unos 50.000 soldados de primera clase, y las dos grandes ligas o confederaciones juntas, aproximadamente el mismo número. De haberse prestado mutuamente apoyo las tres potencias, es indudable que los romanos no hubieran nunca logrado mantenerse en Grecia. Pero no había unión. Los reyes de Macedonia esforzábanse en conseguir de nuevo el dominio sobre toda la nación griega, y las repúblicas preferían sacrificarlo todo a perder su independencia. Los más enconados enemigos de los macedonios eran, principalmente, sus vecinos del Norte, los etolios, gentes hábiles y activas. Roma supo aprovechar a fondo más tarde esta circunstancia.

En las islas del mar Egeo encontrábase el Estado más rico y, militarmente, más poderoso: Rodas, que ya hemos mencionado. Los rodios disponían de una armada bastante considerable, y se hallaban a la cabeza de una confederación de repúblicas insulares. Debemos citar además en las costas del mar Egeo un pequeño reino situado en la parte occidental del Asia Menor: el regido por la dinastía de los Atálidas, cuya capital era la ciudad de Pérgamo. Estos príncipes, orgullosos y sin escrúpulos, habían de adquirir más tarde, al servicio de Roma, autoridad de grandes monarcas.

Un buen estadista que por el año 270 hubiese considerado la situación del mundo, habría de seguro, juzgado posible y aun fácil que la confederación itálica, con su supremacía en hombres aptos para el servicio militar, venciese a Siracusa y a Cartago; mas no habría nunca creído que los romanos, un siglo más tarde, fueran dueños y señores de aquel poderoso conjunto de Estados que constituía el mundo griego. Sin embargo, la evolución siguió otras vías. La débil Cartago, gracias a los sacrificios y al talento de sus habitantes, resistió a los romanos durante más de dos generaciones. En cambio, la nación griega, tan fuerte, tan rica, tan culta, ofreció fácil presa a los conquistadores occidentales, a causa de su falta de unión y de su miopía política.

Entre la primera y la segunda guerra púnica, los romanos habían intervenido en el **Oriente griego**, estableciéndose en la costa de Albania, para desde allí impedir la piratería marítima. Al reino macedónico no podía agradarle esta inmediata vecindad de la poderosa potencia militar itálica. Después de la batalla de Cannas, el rey Filipo III de Macedonia se alió con Cartago. Entonces Roma, por su parte, se entendió con los enemigos griegos de Macedonia, especialmente con los etolios. El Rey de Macedonia no pudo, pues, salir de Grecia, logrando, en cambio, los romanos mantenerse en Albania, aun durante los críticos diez años que siguieron a Cannas. Al terminar la guerra púnica, Roma procedió a arreglar sus cuentas con Macedonia (año 200). La política romana no aspiraba entonces aún la conquistar el Oriente, sino únicamente a asegurarse el dominio del Adriático, para lo cual eran esenciales las bases romanas de la costa albanesa. Pero Roma no podía tolerar ningún poderío militar en la península balkánica, temiendo los peligros, siempre posibles, que hubiera de acarrearle en Oriente un vecino demasiado poderoso. Por otra parte, el rey de Macedonia esforzábase en lograr la unión de todos los griegos siquiera en el territorio del mar Egeo. Precisamente a fines del siglo había conseguido el macedonio progresos muy notables en este sentido. Entonces intervino la política romana, porque lo que quería evitar a toda costa era precisamente la formación de un Estado griego único y fuerte.

El representante de Roma en Oriente era entonces T. Flaminino, diplomático hábil y sin escrúpulos. Proclamó que el programa de Roma era la libertad de todos los Estados griegos, lo mismo de los grandes que de los pequeños. Bajo esta bandera de aparente desinterés supo unir todas las fuerzas particularistas del mundo griego. Los etolios, los aqueos, los rodios, los atálidas y otros muchos constituyeron junto con Roma una confederación. Macedonia tenía por fuerza que sucumbir a esta superioridad. Flaminino libró la batalla decisiva cerca de Cinocéfalos, en Tesalia (197). La paz que siguió a este combate despojó al rey Filipo de los territorios que poseía en Grecia, fuera de Macedonia, pero le dejó la integridad de su patria. No entraba en los planes de Roma destruir a Macedonia por servir los intereses de los etolios; antes bien, quería conseguir en Grecia un equilibrio por el cual cada potencia fuese siempre una traba para las demás. Los etolios, que esperaban grandes beneficios de su victoriosa alianza con Roma, viéronse defraudados. No es, pues, de extrañar que se convirtieran en encarnizados enemigos de los romanos. En cambio, Roma y Macedonia aproximáronse cada día más una a otra.

El rey seleucida Antíoco se había avenido a que Roma venciese a Macedonia y estableciese un protectorado sobre la península balkánica. El dueño del Asia Menor abrigaba el deseo de vivir en paz con la gran potencia occidental, pero poco a poco cundió la desconfianza entre los dos Estados. Los etolios se pusieron en contacto con el rey Antíoco para lograr con su ayuda una situación preponderante en Grecia. Roma, en su afán de evitar que el rey seleucida se estableciese firmemente en la península balkánica, decidióse a atacarle (191). Ofrecióse nuevamente a la nación griega ocasión propicia para salvar su independencia; hubiérale bastado con apoyar unánime a Antíoco. Pero los intereses particulares de cada Estado pudieron más que este ideal de unidad. Sólo los etolios se adhirieron a Antíoco. En cambio, los aqueos, rodios y atálidas se pusieron de parte de Roma, sumándose a ellos también los macedonios por odio a los etolios. Los ptolomeos hallábanse también frente a ls seleucidas, pues ambas dinastía querían ocupar la Siria Meridional y Palestina. Así es que los amos de Egipto anhelaban ver derrotado al rey Antíoco. Ya en 191 las tropas romanas arrojaron de Grecia a un pequeño grupo de fuerzas seleucidas. Más tarde fueron inutilizados los etolios y, al año siguiente, los romanos se prepararon para llevar a cabo una ofensiva en Asia misma. La armada de los rodios contribuyó con sus sacrificios a dar a los romanos el dominio de los mares. El ejército de tierra, mandado por Publio Escipión, el vencedor de Aníbal, y por su hermano Lucio, encontró preparada la ruta por el rey Filipo a través de la península balkánica. Los romanos atravesaron, pues, los Dardanelos; en Asia se les unieron las tropas del rey atálida, Eumenes de Pérgamo. Libróse la batalla con el ejército de los seleucidas cerca de Magnesia. Vencieron los romanos, contribuyendo a su triunfo la intervención del rey Eumenes, al frente de su caballería pesada. Viendo aniquilado su ejército de mercenarios, el seleucida renunció a continuar la lucha. La paz le obligó a ceder toda el Asia Menor, y a pagar una indemnización de guerra, que era verdaderamente exorbitante para aquellos tiempos: equivalía a 75 millones de marcos oro. Los romanos cedieron a su vez la mayor parte del Asia Menor al rey Eumenes, y diversos territorios a los rodios y macedonios. La confederación etolia fué aniquilada y desapareció de entre las grandes potencias.

En la guerra con los seleucidas pudo Roma vencer todas las dificultades, desde el principio hasta el fin, gracias a la ayuda de los demás Estados griegos. No parecía sino que éstos querían suministrar las armas con que se les había de asesinar. Pues una vez paralizado el poder de los seleucidas y de los etolios, no había posibilidad para los griegos de mantenerse con sus propias fuerzas frente a Roma. Cierto es que Roma no apetecía entonces nuevas anexiones en Oriente. Pero ejercía como un protectorado supremo sobre todos los Estados griegos. Los comerciantes y banqueros itálicos afluyeron en masa a Oriente, y allí apoyados en el prestigio del nombre romano, realizar... grandes negocios. El hijo de Filipo de Macedonia, el rey **Perseo**, intentó recobrar para su nación el puesto que antaño tenía. Pero también en esta última lucha con Roma quedó sola Macedonia. El rey **Perseo** fué derrotado en 178 en Pydna. Roma destronó a la Monarquía macedónica, y dividió el país en cuatro repúblicas. Veinte años después, los macedonios intentaron de nuevo en vano reconstituir su reino. Entonces los romanos convirtieron en provincia el antiguo Estado de Alejandro Magno. En 147, los aqueos de Peloponeso, tan pacíficos hasta entonces, hicieron un nuevo intento desesperado para libertarse de la opresora tutela romana. Está última guerra de independencia que sostuvieron los ciudadanos griegos fué muy honrosa, pero completamente estéril. Las legiones aniquilaron el

ejército griego, y Corinto, la mayor ciudad del Peloponeso, fué destruída por los romanos en el año 146 en castigo por haberse sublevado. Impusiéronse tributos a toda Grecia, que quedó además sometida al gobernador romano de Macedonia.

Por otra parte, en este mismo siglo II, estando el sistema de los Estados griegos de Occidente expuesto a los ataques de Roma, surgieron nuevos enemigos de Grecia en Oriente: las naciones orientales indígenas, deseosas de sacudir el yugo griego. En el Irán los antecesores de los actuales persas se sublevaron bajo una dinastía nacional procedente de la Partia y arrojaron a los griegos. Lo mismo hicieron los judíos en Palestina, conducidos por los Macabeos. En egipto, los gobernantes, para poder mantenerse, hubieron de hacer cada día más concesiones a los naturales del país y a los sacerdotes. Este movimiento oriental chocó finalmente con la expansión romana que procedía de Occidente, dando lugar a las luchas que Roma tuvo que sostener en el siglo siguiente con los Estados orientales del Ponto y de Armenia, así como con los Partos.

A partir del año 146, todo el Mediterráneo, desde Portugal hasta Grecia, hallábase bajo la dominación romana. Para Italia este poderío universal constituyó sobre todo un magnífico negocio. Por doquier afluía el oro hacia el Tiber: indemnizaciones de guerra pagadas por Africa y Oriente, tributos e impuestos pagados por las provincias, productos de los territorios y minas del Estado en todas las regiones del Imperio. Estas cantidades las empleaba el Estado romano en primer lugar para obras públicas: carreteras, acueductos, puertos, monumentos, etc. El dinero comenzó a circular, y en pocas generaciones llegó a ser Italia el país más rico del mundo. Los romanos llevaron luego sus capitales a las provincias, y cuando, por ejemplo, un municipio griego no podía pagar los tributos que había de entregar al gobernador, pedía prestado el dinero al banquero romano. Este, por el momento, le sacaba de apuro; pero el municipio griego, además de sus tributos, se encontraba ahora en la necesidad de pagar los usurarios intereses que su acreedor le exigía despiadadamente. Erale preciso recurrir a un nuevo empréstito, que obligaba al pago de nuevos intereses. De este modo se creó una situación inextricable que acabó con la prosperidad del pueblo griego. Roma absorbió, como una esponja, todo el dinero, todos los tesoros y valores existentes en el territorio sometido a su poder. Los pequeños labradores romanos se beneficiaron con esa política del poderío universal; ya no tenían que pagar impuestos directos, pues el Estado podía prescindir de esta fuente de ingresos y sus hijos lograron hacerse con nuevas tierras. Pero la parte del león correspondió, sin embargo a la nueva clase capitalista, que conquistó económicamente el primer puesto. En último término, el poder político de los pequeños labradores y de sus representantes, o sea de los políticos profesionales, se vió gravemente amenazado.

A dos corrientes peligrosas se refiere don Manuel Azaña en este fragmento de su Discurso en el Parlamento español el 3 de abril próximo pasado:

...y conoce el Gobierno, porque al fin y al cabo el Gobierno no vive en la luna, dos corrientes de pánico, una más intensa que la otra; las dos peligrosas, pero con diferentes clases de peligro. Por una parte hay la corriente de pánico a supuestas subversiones posibles del orden social. Mucha gente, mucha, anda por ahí desalentada imaginando que un día de éstos España va a amanecer constituida en Soviet; que se va a acabar la sociedad española en su organización actual, y que el Gobierno, sorprendido o dominado por una insurrección de esta especie, más o menos pacífica, va a coger la Constitución y los símbolos de Poder y se los va entregar a quien se los pida. Que esto lo piense el vulgo o lo crea el vulgo, y el vulgo tiene unos límites casi planetarios *(Risas)*; que esto lo crea el vulgo no me sorprende, aunque lo sienta; pero que lo crean, lo propaguen y lo sostengan personas que conocen la política y militan en ella, ya me parece que pasa de los límites de lo lícito y de lo tolerable y constituye una agresión ¿Sabéis por qué? Porque a favor de este ambiente de pánico, de esta corriente de pavor, de esta amenaza voceada y comunicada en conversaciones, en espectáculos públicos, en la calle y en el café, a favor de esta corriente se crea la atmósfera necesaria para que los golpes de fuerza y de violencia sobre el país prosperen. *(Muy bien.)* Yo no creo que la difusión del pánico sea una cosa inocente; prende en espíritus inocentes y prevenidos; pero los conductores y propagadores de las especies temerosas saben lo que se hacen; porque en ninguna parte han corrido peligro la libertad, la democracia, las instituciones liberales y republicanas, si no es a favor de un sobrecogimiento de la totalidad o de la mayor parte de la masa social atemorizada o asustada por unos peligros de esta especie.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Nos han favorecido con el envío de su último libro:

Pío Baroja: *El cura de Monleón*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid.

Es la 2.ª novela de la serie *La juventud perdida*.

Pedro Salinas: *Razón de amor* (Poesía). Cruz y Raya. Ediciones del Arbol. Madrid. 1936.

Rafael Alberti: *13 bandas y 48 estrellas*. Poema del Mar Caribe. Madrid. 1936.

Juan B. Terán: *La formación de la inteligencia argentina* (Conferencia en folleto). Cabaut & Cía. Buenos Aires.

José Mía. Luelmo: *Ventura preferida*. Poemas. Ediciones Héroe. Madrid. 1936.

Ramón Feria: *Signos de Arte y Literatura*. Edición «El Discreto». Madrid.

Con el autor: Dr. Esquerdo, 39. Madrid.

Pedro Juan Labarthe: *Estrías de sueños*. Poemas. San Juan de Puerto Rico.

Con el autor: Box 691. Río Piedras, Puerto Rico.

Joaquín López López: *A plena lumbre* (Romances y otros poemas). Imp. «Florete». San Juan de Puerto Rico.

Julio A. Cruciani: *Ciencia y Revolución*. Buenos Aires. 1936.

Con el autor: San Juan, 3583. Buenos Aires. Rep. Argentina.

María Loucel: *Ilapso*. San Salvador. 1936.

Con la autora: Oxil-tla Colonia. San Salvador, El Salvador.

María de Villarino: *Junco sin sueño*. Ediciones Vértice. Buenos Aires. 1935.

Con la autora: 61-332. La Plata. Rep. Argentina.

José Oscar Ochoa: *El tratado vital*. París.

Con el autor de estos poemas: Calle de Montseny, 26-1.º, 2ª. Barcelona. España.

Carmen Alicia Cadilla: *Raíces azules*. Poemas.

Con la autora: Apartado 691. Río Piedras. Puerto Rico.

Washington Llorens: *Críticas profanas*. San Juan, Puerto Rico. 1936.

José María Monner Sans: *El teatro de Pirandello*. 1936. Buenos Aires.

Con el autor: Aguero 207-9. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Leyendo a Coleridge

Por PIO BOLAÑOS

= *Colaboración.*—San José, Costa Rica. Agosto de 1936. =

Conversando con el Maestro García Monge —le llamamos Maestro y no Profesor, porque el primero aconseja tratando de ensanchar el horizonte de sus oyentes, que es lo que hace García Monge, mientras que el segundo sólo prescribe reglas a sus alumnos, es decir, preceptúa;—y nos decía aquel Maestro que bien valía la pena de dar al **Repertorio**, si no todas las ideas, al menos algunos de los conceptos que se encuentran en las obras de Coleridge, ya que se siente la necesidad de un comentario de su obra crítica, dado que ella no ha sido, que sepamos, vertida al castellano y la escrita en su idioma natal poco circula en estas tierras americanas. Puede agregarse que Samuel Taylor Coleridge es uno de los clásicos olvidados y es tiempo ya de revivirlo, de recoger sus lecciones.

Siguiendo, pues, la insinuación del Maestro García Monge intentaremos la tarea que, aunque árdua y dificultosa, no es por ello menos halagüeña; y más bien se podría llamar ésta, no de comentarios sino de modesta divulgación de una obra de mérito intrínseco, y en la cual hay sugerencias y deducciones sobre el arte, que son dignas de un prolijo estudio y comentario.

Conocíamos de Coleridge las estrofas sobre el "silencioso mar" en la balada **The Ancieni Mariner** (El antiguo marino), obra poética que según expresa delicadamente Strachey (1)... "es el punto fijo para orientarse en la historia de las letras, no por las descripciones de los objetos naturales, sino porque pasa majestuosamente por la visión del poeta un íntegro y nuevo universo de cosas infinitas y eternas; fué el descubrimiento de lo desconocido. Estamos todavía bajo el hechizo de **The Ancient Mariner**; y la poesía para nosotros significa, primero, algo que sugiere por medio de las palabras, misterios e inmensidades". Más tarde leímos los **Ensayos** y encontramos en esas páginas un mundo nuevo de conceptos y de enseñanzas que nos han producido una sensación de placer y de admiración como la obtenida de Strachey al conocer **The Ancient Mariner.**

Coleridge formó en Inglaterra con Southey y Wordsworth el terno de los "Poetas del Lago", pero su más valiosa producción es la exornada en sus juicios de crítica literaria y filosófica, que es como decimos antes, la menos difundida, aunque sí la más intensa y la más perfecta en la forma, que brotó de tan selecto ingenio. Arthur Symonds prologuista de los **Ensayos** declara: "Aristóteles es el matemático de la crítica, Coleridge es el sumo Sacerdote" y a fe que le asiste razón, como trataremos de hacerlo ver en estas páginas.

Coleridge (2) hizo sus primeros estudios en Christ Hospital y después, pasó a Cambridge. En el primero de esos centros educativos encontró al Reverendo James Bowyer, según él mismo lo cuenta en su Biografía Literaria. "Temprano modeló él, (dice Coleridge) mi gusto a preferir Demóstenes a Cicerón; Homero y Teocrito a Virgilio y después de Virgilio a Ovidio. Me acostumbró a comparar a Lucrecio (en los extractos que entonces leía) con Terencio y sobre todo, los castos poemas de Cátulo, no sólo con los poetas romanos de las llamadas edades de bronce y plata, sino también con los de la era de Augusto, y en el terreno del juicio simple y de lógica universal, a ver y afirmar la superioridad de los anteriores en la verdad y la cualidad nativa, ambas, de sus pensamientos y dicción. Al mismo tiempo que estudiábamos los poetas trágicos griegos, nos hacía leer Shakespeare y Milton como lecciones, que por otra parte, requerían mayor tiempo e inquietudes para las discusiones, a fin de escapar a su censura".



Samuel T. Coleridge

No es de extrañar que con disciplina de tal naturaleza adquirida en la escuela, no hubiese obtenido Coleridge la base fundamental para refinar su talento y llegar a poseer la suficiente fuerza mental y la ecuanimidad de espíritu para juzgar con erudición las obras artísticas de los otros. Más adelante, afirmando lo que decimos, se expresa así: "Los poemas mismos, asumen las propiedades de carne y sangre. Recitarlos magnificarlos, contender sobre ellos, no es otra cosa que pagar una deuda debida a alguien que exista para recibirla"...

En su estudio comparativo sobre los poetas nos enseña que "...y he buscado refugio después de algún tiempo de un dolor corporal y de una mal dirigida sensibilidad, en investigaciones abstractas que excitaban la fuerza y la agudeza del entendimiento sin despertar los sentimientos del corazón; no obstante hubo todavía un largo y bendito intervalo en el cual les fué permitido a mis facultades intelectuales dilatarse, y a mis tendencias originales, desarrollarse por sí solas; mi fantasía, y el amor de la naturaleza y la interpretación de la belleza en cantos y en formas". "Nuestra genuina dmiración hacia un gran poeta", agrega, "es como una corriente subterránea de sentimientos que siempre está presente, mas nunca, en ninguna parte, como una excitación separada".

Hablando sobre las lenguas insinúa discretamente al aficionado a la literatura a leer en el idioma original en que fueron escritas, tanto las obras clásicas como las modernas, considerando este método de gran importancia para poder pensar en la misma lengua y adaptar su tendencia de inspiración original sobre las reglas que prescribieron aquellos sublimes genios griegos, en la virtuosa y noble expresión de las sensaciones, como lo hicieron Virgilio, Horacio y Ovidio, que se inspiraron y siguieron los pasos de los antiguos poetas, bebiendo en las puras y cristalinas fuentes helénicas e interpretando, sin perder originalidad ni bajar a la imitación servil, más bien ejercitando la flexibilidad de la mente para establecer una comparación digna de aquellos primeros intérpretes del arte, como al fin lograron hacerlo esos tres grandes clásicos latinos. Tomaron éstos de sus modelos el jugo y la cadencia del metro, legando a la posteridad obras maestras que no son imitaciones sino de mérito con valor propio y que por ello sirvieron y aun sirven a su vez de modelo a las generaciones futuras para elevar el estro en el desarrollo y fino cultivo de la poesía; como vemos en el Arcipreste de Hita y Fray Luis de León en los clásicos castellanos; como en la lengua inglesa en Milton, Pope y Shakespeare; o como en la lengua francesa en Villon, Moliere, Racine y otros; y al hablar sobre la poesía inglesa de su tiempo sostiene Coleridge que Cowper y Bowles fueron, según su modo de pensar, los que primeramente combinaron los pensamientos con la dicción natural, (como los antiguos griegos y latinos), y "quienes conciliaron el corazón con la mente".

Un estudio psicológico dedicó Coleridge en sus **Ensayos** a la supuesta irritabilidad del genio y a las causas y ocasiones del cargo, así como sus injusticias; y como es menester hacerse al margen, dejaremos al propio autor exponer sus ideas en esa tan discutida materia, trasladando tan fielmente como se pueda, las interesantísimas observaciones de la psicoanálisis que dedujo de su estudio.

"La pasión, (dice en el Capítulo II de su Biografía Literaria) está en proporción inversa del discernimiento, que con ser más intensa es menos distinta; de allí que la indignación sea la consecuencia inevitable. La ausencia de toda base dentro de nuestras mentes—no obstante creer que la verdad es indispensable para su seguridad y felicidad—no puede producir otra cosa que un estado de desasosiego en el sentimiento, un involuntario sentido del miedo, del que la naturaleza no tiene medios para libertarlo, si no es por el de la indignación. La experiencia nos prueba que la primera defensa de las mentes débiles es la recriminación".

No hay filósofo que no vislumbre
Que la ira y el miedo son una dolencia;
Aunque queme y pueda helar,
Ambas son idénticas a la fiebre.

"Pero cuando las ideas son vividas y exista un poder interminable de combinarlas y

(Pasa a la pág. 94)

(1) Lytton Strachey: *Books and Characters*. Chatto and Windus. London.

(2) Samuel Taylor Coleridge, poeta, nació en Ottery St. Mary, Inglaterra; murió en Highgate en 1834.

La actualidad de Heine

Por ENRIQUE ESPINOZA

= De *Sech*, Revista de la Sociedad de Escritores de Chile. Santiago, julio de 1936 =



Enrique Heine

De todos los grandes poetas revolucionarios del siglo XIX—desde Shelley a Rimbaud—Heine es el único que ha alcanzado a dar expresión definitiva a su mensaje social, antes de malograrse a su vez, en el **Matrassengerub,**—su tumba de colchón. De ahí que sea hoy el escritor europeo más presente en nuestra época y el más amado en todas partes, menos en su país natal. Amado, no sólo por muchos de sus mejores versos, a los que en conjunto, él mismo, no daba mayor importancia, a pesar del éxito sin precedentes del **Buch der Lieder,** sino, y en primer término, como tanto confiaba, a causa de su denodado combate de toda la vida en favor de la emancipación del género humano.

Recuérdese a este propósito, sus propias palabras en el segundo tomo de sus juveniles **Cuadros de Viaje:**

"No sé en verdad si merezco que se adorne mi féretro con una corona de laurel. La poesía, aunque la adoro con toda mi alma, fué siempre para mí un juguete sagrado, un medio divino para fines celestes. Nunca le dí gran valor a la fama poética, y poco me importa que se aplaudan o censuren mis versos. Lo que debéis poner en mi féretro es una espada: que siempre he sido un valiente soldado en la guerra libertadora de la humanidad."

Muchos testimonios semejantes se pueden hallar a lo largo de toda su obra en prosa y en verso. Porque si es cierto que Heine no fué nunca un hombre de partido, supo tomar siempre partido en el sentido histórico y anunciar al pueblo su hora.

Por eso cuando los hombres, después de la gran guerra, perdieron hasta la última ilusión de libertad civil, como si el mundo entero se hubiese contagiado con el virus militar prusiano, vencido, sin embargo, en nombre del espíritu, del derecho y de la democracia, los escritores de uno y otro lado de las trincheras, que no se habían hecho a ningún dogma de obediencia, coincidieron en la exaltación del poeta que primero vió el aspecto revolucionario de la filosofía alemana y tuvo el valor de llegar hasta sus últimas consecuencias, afirmando, mientras Marx se sentaba aún en los bancos de la escuela: "los proletarios en su lucha contra el orden existente poseen como caudillos a los espíritus más avanzados, a los grandes filósofos.

Durante la misma hecatombe europea, un soldado del frente alemán, llamado Hermann Wendel, se las arregló para escribir mientras combatía contra los ejércitos aliados, el primer libro sobre Heine que encara el estudio del poeta en su raíz, es decir, como lo que era: un hijo de la Revolución.

El Estado Mayor del Reich autorizó la publicación del libro quizá sin leerlo, en la creencia de que sólo se trataba de una biografía más del famoso poeta, pues Wendel le había puesto por título simplemente **Heinrich Heine.**

Hasta entonces sólo algunos críticos internacionales, como Mathew Arnold, Georg Brandes y Franz Mehring habían atisbado este aspecto particular—perdóneseme la paradoja—de la personalidad de Heine; pero es a Hermann Wendel, el actual biógrafo de Dantón, a quien corresponde su análisis total.

Después del libro de Wendel han aparecido dentro y fuera de Alemania numerosos ensayos de distinta naturaleza sobre Heine. Basta recordar en uno y otro extremo de la escala, el monumental estudio de Max Brod y el abominable elogio de Camille Mauclair. Desgraciadamente, este último es el único libro sobre Heine que existe en castellano, fuera del pequeño devocionario de Alberto Gerchunoff.

Hace un par de años, la **Nouvelle Revue Francaise,** publicó un libro firmado por Mme. Antonina Vallentin que resume cuanto se ha escrito sobre el poeta con admirable método de mujer, en un zurcido perfecto, que no deja fuera ninguna hebra del extraordinario espíritu de Heine.

A través de esta biografía que también lleva por título sólo el nombre del poeta, pero en francés (resulta inútil por cierto, colgar cualquier cola retórica a quien se impone con su mera presencia nominal), puede el lector menos avisado formarse una idea más o menos exacta de la significación social de Heine como poeta y comprender, sin esfuerzo, por qué los enemigos de la libertad y de la cultura repudian hoy con tanta saña al gran escritor del Rhin que hizo más que ningún político por la inteligencia de Francia con Alemania.

Bajo el gobierno brutal de Hitler el nombre de Heine es ahora tabú para los dirigentes nazis; pero en la imposibilidad de borrar de la memoria del pueblo una de sus felices canciones populares, se la ha declarado de autor desconocido, rindiéndole con ello, sin quererlo, el máximo de los homenajes, pues se viene a dejar en el verdadero anónimo a todas las otras versiones: arias y puras...

Pero es en Rusia, Francia y España donde la memoria de Heine vive libremente, como siempre, en el destierro. Durante las sesiones del Primer Congreso Internacional de escritores soviéticos, su retrato colgaba entre los de Cervantes y Shakespeare. En este Congreso la delegación de poetas armenios anunció que se estaba levantando por su iniciativa una estatua a Heine en la capital de su país, como un desafío a la que los bárbaros destruyeron en Hamburgo.

Por su parte, un ex-obrero metalúrgico que es ahora uno de los mejores críticos rusos de literatura, Franz Schiller, leyó un extenso estudio sobre las relaciones de Heine y Marx en París.

En el cementerio de Montmartre la tumba del poeta no ha dejado en verdad, de ser cubierta de flores un solo día por sus admiradores franceses y últimamente por los desterrados alemanes, como yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo el año pasado.

En un reciente álbum editado por el Comité Thaelmann de París, el novelista André Malraux firma con el sabio Paul Langevin un extraordinario prólogo que recuerda las mejores páginas de **El Tiempo del Desprecio.** A este prólogo, verdaderamente magistral, pertenecen las siguientes palabras alusivas a unos famosos versos de **Germania, cuento de invierno:**

"Le grand Henri Heine, déjà chassé de son pays par la réaction et dont on vient de commémorer le 80º anniversaire de la mort, stigmatise, dans un de ses magnifiques poémes, les valets des tyrans qui fouillent avec méfiance ses bagages et ses manuscrits, mais qui ne peuvent connaître et detruire sa pensée.

"Les nationaux-socialistes peuven eux perquisitionner, emprisonner ou martyriser: ils ne pourront détruire de pensée audacieuse qui er evoit une ére nouvelle at la voonté qui la soutient pour la réaliser."

También André Gide desde Saint-Louis du Sénégal, acaba de rendir en un **Billet á Angéle** que publica **Vendredi** un sentido homensaje de admiración al poeta, digno de ser meditado como todo lo del gran escritor francés.

En cuanto a España, la **Revista de Occidente** ha iniciado hace pocos meses con una obra de Heine, **Lo que pasa en Francia,** una nueva colección de libros del siglo XIX. Se trata de una serie de artículos y boletines cotidianos que el poeta escribió para la **Gaceta General de Ausburgo** en los años 1831-1832, y que en su tiempo fueron reunidos en volumen bajo el título original de **Französische Zustände.**

Asimismo la Colección Universal de Calpe tiene en prensa los

tres volúmenes De la Alemania que ya no tardarán en aparecer. Lástima que entre nosotros donde tantas malas biografías novelescas se han publicado, no se anuncie siquiera el magnífico libro de Heine sobre Boerne; libro fundamental para el conocimiento íntimo del poeta en todas sus fases y que según Marx, "había recibido en su época de los germano-cristianos un trato tan necio que no tiene precedentes en ninguna otra época de la literatura alemana, con abundar en todas aquella fauna".

Por nuestra parte, mientras podamos poner término a un prolijo estudio sobre la significación actual de Heine y a una selección de sus mejores páginas, creemos cumplir con la memoria del poeta, aconsejando con motivo del octogésimo aniversario de su muerte la lectura de cualquiera de sus libros y especialmente el ya mencionado: **Lo que pasa en Francia** Estos artículos que tienen ya más de cien años parecen escritos a la víspera para cualquier revista libre de hoy. Véase atentamente, por vía de ejemplo, la introducción, no más, del artículo sexto. ¿No parece Heine enunciar con su estilo inconfundible esa dinámica de la historia que Trotsky—su gran admirador, por cierto—llama en nuestros días: "la revolución permanente"?



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Hombres según el espíritu: El Almirante Fernández Vial

Por GABRIELA MISTRAL

= *Envío de la autora* =

El sugerente libro de don Juan B. Terán, pedagogo argentino, *Espiritualicemos la Escuela*, me ha hecho sucesivamente, averiguar qué es eso que llamamos "espiritualidad", qué hombres y mujeres de veras "espirituales" me he hallado yo en el camino, por qué eran espirituales, y que cosas de las que cumplían se pueden cumplir en una escuela. Aquí va la estampa de uno de esos "espirituales".

Marino.—Me viene a la memoria —¡y cómo no había de venirme!— otro nombre de varón según el Espíritu, el Almirante Fernández Vial, que se nos ha muerto hace un año en la tierra de Chile.

Posiblemente no ha dejado a la mundanísima ciudad de Santiago más memoria que la de un viejo bueno y deschavetado que iba siempre sin sombrero por la calle y que quiso fundar una risueña secta del aire puro, para arrancar a los santiaguinos de la cisterna de sus casas o de sus clubes. Mis gentes no le vieron más que sus manías risibles y su ajetreo de hombre que tiene la pasión de la atmósfera como la de una mujer...

El Almirante Fernández Vial dirigió nuestra flota algunos años, y creo que los gobiernos le llevaron y le mantuvieron en esa jefatura en grande no por consideración a sus valores esenciales—que en nuestros escalafones eso no cuenta—sino porque estuvo presente en el combate naval de Iquique y el contacto con nuestro Prat le dejó en olor de gloria para los chilenos. Alguien a quien le duelen estas torpezas aunque sean pasadas, puede contar que el Almirante valía por títulos menos casuales que ése y que valió dentro de la geología moral de Chile como el salitre para las tierras anodinas, por su absoluto de nitrato estimulador.

Parece que le hayan dado su retiro del almirantazgo con cierta anticipación, a causa de sus métodos, más apostólicos que mandonescos; pero se quedó, en revancha, con el título como apelativo, hasta su muerte, lo que no deja de ser hermoso. "Almirante", lo llamaba lo mismo el "mocoso" que salía del conventillo a conversarle, que el personaje oficial de su mismo plano. Cualquiera sentía que aquel era un jefe natural de hombres, y si no lo estimó, a lo menos supo nombrarlo...

En pueblos más materiales que materialistas —cualquier ética, hasta la peor es una norma—, que todavía tienen el resabio del campamento en el cual las únicas preocupaciones son la caza que provee la mesa y el recelo del clán vecino, este hombre que era el tipo normal dentro de una cultura adulta, por su preocupación de la colectividad, —este individuo completo con entrañas carnales y espirituales— que son las verdaderas entrañas— pasaba por desatinado a causa de vivir los días y los años penando por el negocio visible e invisible de la patria y descuidando fabulosamente sus propios asuntos. El monstruo no era él, eran los otros, y esto nos lo sabemos, a estas alturas del año 1932, cuando Chile se cuartea y cruje de facciones que quieren cada una gobernar la casa común, y si eso no se logra, derrumbarla y que "mueran todos los filisteos" Los monstruos ya daban vagido claro y hervían como los pulpos pequeños, en los años en que él me hablaba con espanto de los sucesos que vivirían sus hijos y sus amigos muy pronto.

El signo más turbador de una sociedad materializada pudiese ser la mofa que ella hace de sus grandes "espirituales", riéndoles la generosidad, carcajeándoles en coro el patriotismo angustiado y repudiándoles la ternura hacia ella misma.

Rasgos. — Fácilmente, como las imágenes queridas, y derechamente como las de un deudo, me llega la estampa del Almirante, como la vi hace once años. Iba vestido siempre de un brin claro y ninguna pieza resaltaba en su vestimenta suavemente espartana: ni corbata vistosa ni pañuelo futurista, ni anillo en la mano desnuda. Mediano solamente de talla, ni grueso ni seco, con las grasas quemadas por la marcha cotidiana; la apostura todavía algo marcial, que le quedaba del mando en el puente del navío; el rostro de facciones romanas, que debió ser hermoso antes de que la pólvora de la explosión en el "Esmeralda" le estropease la mejilla derecha con un tatuaje ligero de acónitos verdosos; la cabeza canosa rigurosamente rapada; los ojos azules tiernos al mirar en silencio y más tiernos al hablar; la boca fina y pura que se le recogía en los ángulos al tocar tal o cual hiel del asunto. Es dulce creer en la resurrección de la carne, cuando se recuerda una figura de éstas, que decoraron un pedazo de la tierra, que son aptas para la dignidad del cielo y cuya disolución nos irritaría como una falta de reverencia.

El Almirante era un activo, y le habían quedado de la marina los hábitos de diligencia y el amanecer lleno de los mandos para el día, de la ración de deber cotidiano. Decían de él los poltrones a quienes molesta la actividad ajena, que ignoraba la normalidad del estarse quieto y que inventaba quehaceres peregrinos, por tener un pretexto

de trotar en Santiago de la mañana a la tarde.

Cierto es que había en él algo de los pájaros marinos, que son los más imposibles para la captura y que suelen morirse en el vuelo. Su actividad era, sobre todo, vitalidad. Estaba joven en cada pedazo de su arcilla, aleteante en cada potencia, respondedor en cada uno de sus sentidos a la edad de sesenta años, cuando yo le conocí. Había dejado el mar; pero lo conservaba en el pecho aun, en el alentar grande y en el fervor sin gasto.

Anécdotas.—Llegaba a verme a mi liceo de Santiago, sin darme aviso, cuando una alegría fuerte le traía hirviendo de mostos sociales. Solía estar yo encaramada en el cuarto piso revisando cuentas o leyendo, y él tenía una manera peregrina de hacerme saber que estaba allí. Hacía salir de las clases a las niñas, licenciando a los profesores por una hora, juntaba a las trescientas en el hall (no tenía patio aquel infeliz liceo) y me las ponía a cantar a todo trapo, hasta que el estruendo del coro me hacía bajar corriendo las escaleras. Allí me hallaba a las trescientas coreando una canción ni bella ni fina, pero cantando con su Almirate a velas desplegadas... El gusto literario de mi amigo era malito como el de la mayoría de los apóstoles y nunca pude entender que el Espíritu Santo, no hubiese rasgado sus ojos en este aspecto del bien distinguir la palabra gallarda de la desgarbada. Sus canciones corales eran... las anti-alcohólicas que andan por allí en libracos zonzos.

La embriaguez consuetudinaria de la raza, el problema terrible que es chileno tanto como norteamericano, inglés y ruso, se le había vuelto horizonte a él tanto como a su hermano siamés el Dr. Fernández Peña, y con razón, pues de eso podemos morirnos, de mala y fea muerte. „

De pie, en el medio del hall, sin sentir una picada de ridículo, que ignoró siempre, dirigía el coro con su voz formada por el mando y por la canción en el mar. Yo tenía vergüenza de sacar mi vocecilla, flaca y más desabrida que flaca, y seguramente, la otra vergüenza vil, que él aborrecía, de que las muchachas capitalinas se riesen de dos y no de uno...

Después de despachar a las niñas a sus clases, se iba a conversar conmigo. El hombre de órdenes se le había guardado entero y si yo tenía alguien que me esperase me lo despedía, y si tenía trabajos o trabajillos, hacía lo mismo. El había venido a traerme recados, "cosas", y no aceptaba irse con ellas...

—"Hacer cantar a las gentes parece nada, pero usted sabe lo que eso es. El ritmo se entra en los cuerpos y hace allí **de las suyas**, siendo las suyas, mejores que **las nuestras**. A nosotros, raza pesada, el ritmo nos aupa, y una vez incorporados, sin que lo sepamos, al mundo sutil, que es el que importa ya, somos otros. Sin música no se puede vivir; la frase famosa de "navegar es necesario" yo, marino, se la cedo a la música: "Escuchar ritmos vivos es más necesario que vivir, porque es vivir más enérgicamente".

"Nuestra raza necesita saturarse de música. La música le sirve más que las otras artes porque a ella sí no puede volverla cuerpo, como lo vuelve todo. La literatura la hacemos naturalismo —esa cosa fea—; la pintura —acuerdese de X y Z, también la corporizamos espesamente; la música se presta menos a que con ella hagamos la estrangulación de lo espiritual, lo que ha sido siempre nuestra torpe faena. La amo por contraria de nuestro temperamento, rabiosamente la quiero porque no contiene coincidencia con nosotros y se pelea con nuestra naturaleza para bien de ella."

Hablaba del ritmo las horas y las horas, sentado en la silla menos muelle, que le recordaba los taburetes de palo de a bordo, o paseándose por la sala, agitado y grave, como andaba siempre.

Otras visitas suyas eran tan didácticas como las del Doctor Fernández Peña, su mellizo, en la acción social.

—Le traigo para que los piense, unos "gráficos". Me he dado cuenta de que, como a los chilenos nos rebanaron la imaginación, es inútil enseñarnos de otra manera que de ésta. Cuando usted prepara sus claes, vea modo de reducirlas en lo posible a "gráficos" y tendrá la sorpresa de que le responden las muchachas.

Ahora, por esta novedad, él llevaba siempre consigo un cuadernito. Reducía a gráficos aritméticos el alcoholismo de la raza, la sífiles de los regimientos, la lectura popular, en proporciones gruesas las primeras, magra la última.

Me mostraba el gráfico de su propio temperamento, me lo explicaba tiernamente como a una hija, y como una hija yo se lo escuchaba y se lo seguía. Al centro, la fuerza, demasiada para un viejo, y en torno de ella, unos círculos, partidos, que eran la religiosidad y la sociabilidad.

—"Gabriela, yo no puedo vivir sin los otros; yo como prójimo, en el buen sentido de la palabra, me nutro de prójimo; vivo de estar con mi semejante y sin él me moriría". Oyéndole, me acordaba de don Miguel de Unamuno.

Tenía semanas y semanas de salirse de sí en la escapada budista que había aprendido, pero a lo cristiano, se volvía el reprendedor y el corrector absoluto de su casta, angustiado por ella, sosteniendo sobre su pecho ancho de marino la suerte nuestra y ahogándose de su peso.

—"En este salón cerrado, yo no puedo explicarle lo que quiero. Vamos de excursión y usted va a oír bien y a entender mejor. A veces el paisaje es la única pizarra sobre la cual yo puedo desarrollar mis pensamientos oscuros."

Y me llevaba de un tirón, sin darme un respiro, a lo alto del San Cristóbal, para hacerme comprender, mirando hacia la picachería de la cordillera, por qué el chileno es exacerbadamente ambicioso.

—"Vea: tenemos un cerco de cumbres en torno, y al medio, casi sin transiciones, este hoyo donde vivimos. Otras ciudades poseen una altura guardiana, o dos, pero no esta terrible corona de nieves excitadoras. Nos vamos a hacer pedazos porque Santiago es una taza donde nadie quiere ser el fondo, ni las asas ayudadoras, ni las paredes, sino los bordes en que la taza luce y ofrece de beber".

El viejo alucinado veía lo que vino quince años después.

Había descubierto por allí, en unas lecturas hindúes que antes de los ángeles guardianes individuales, existen los ángeles del grupo, y antes los de la nación, y antes aun, los de la raza. Andaba como embriagado con el pensamiento de servir al Angel de Chile. Tenía muchísima razón: la patria es un ente demasiado abstracto en los discursos oficiales y en el editorial del periódico, que forman la única literatura dedicada a ella. El viejo místico había encontrado modo de darle a esta noción política, asidero religioso. engarfiándola nada menos que en las legiones celestes, y estaba feliz de lo aprendido en "los indios inmemorables". Por aquel tiempo, decir Chile significaba para unos nombrar el Senado conservador, para otros, la Cámara de Diputados en fronda perpetua, y los dos patronatos le parecían ayunos de trascendentalismo y de prestigio eterno.

—"No hay sino lo Eterno, y algunos fogonazos de lo Eterno apuntados sobre lo temporal."

Le brotaba de la oscuridad de pronto una "persona" nacional y celeste, el verdadero dueño de nosotros, criatura radiante que lleva nuestras facciones vulgares transfiguradas en su cara; mejor que nosotros, pero parecido a nosotros, y él se sentía entonado con aquello de que el civismo de su vida le flamease de repente de una borla sobrenatural.

Yo le conocí entre sus noblezas la de una acérrima dignidad del lenguaje, muy grata a la mujer escuchadora del hombre. Le quemaba como una víbora de fuego la gruesa interjección criolla que oía por la calle, y seguía caminando un buen trecho con una expresión apesadumbrada. ¡El pueblo, el pueblo! Se lo sentía entre las manos como un vellón sucio de cordero y le miraba las manchas y le tocaba los ballicos. Quería lavarlo y escardarlo mota a mota; y lo lavó y lo escardó cuant pudo, sabiendo un buen día que el vellón es inmenso, y tan profundo que no se le tocan las dos faces y que los escardadores deben ser millón.

Después de haber caminado sin decir palabra, rumiando aún la frase, me decía de pronto:

—"El español nos dejó esta lengua popular que es la de la repugnante **Celestina;** el indio guardaba sus pudores. Muy triste: es terrible manchar el verbo, por aquello de San

El rescate

= *Envío del autor*. La Habana, marzo de 1936 =

Al voltear de las olas mi cordaje,
—redes de espuma al hilo de mi entraña—
músculos verdes para hacer montaña
y tempestadas para hacer coraje.

La media-luna para el abordaje
—agilidad de pájaro en mi saña—
en palo de otro barco mi cucaña
y en corazón de otro hombre mi linaje.

Rescatar al velamen tu blancura
manchada de corsario y lejanía
y restituir la luna—en mi locura,—
a donde debe estar la amada mía
rezando por las almas de mis muertos,
con los voces del mar sobre los puertos..

Carlos Girón Cerna.



Madera de *Rosie*

Juan, de que fué la cosa la primera. Los niños lo usan como el instrumento primero en este mundo y travesean con estas palabras obscenas, pobrecitos, como con sabandijas."

Flaquezas. — Sus flaquezas tenía, y cómo no, si era tan rico y son los ricos quienes dan una periferia grande donde se asienten las cosas mejores y las dudosas. No fijaba la pica de una religión, de un plan, poniendo sobre ella el peso entero de su voluntad; ambulaba mucho, probaba y dejaba los licores de las doctrinas, hoy la Vedanta, mañana el budismo-ortodoxo, pasado mañana un neocristinismo fresco y trémulo de Paraclito. Me dolían a mí estas promedanes suyas por paisajes espirituales que no le paraban nunca en adopción definitiva: le miraba con extrañeza a este leal y a este viril, estas veleidades un poco mujeriles, y me las he venido a entender muy tarde.

En nuestros países nuevos, que son todavía unas tembladeras de protoplasma con algunas pecas de cuajos aislados, quien se hace budista no halla un grupo formado que le reciba, le nutra la vocación primeriza y le sostenga los bríos, y si es neo-cristiano no encuentra tampoco esos convivios calurosos de revisionistas del Evangelio que le ofrezcan sus hallazgos y le reciban los suyos. Los teósofos mismos, más numerosos que las demás sectas, logran cuando más llegar a un grupo de místicos ingenuos y confusos que no saben coger con garra de adoctrinamiento sólido a un espíritu fuerte, acostumbrado a autoridad y a ordenación. En Europa hasta las cosas de ayer, no digamos las del siglo, cuentan ya con tradición, han madurado organismos, periódicos e iglesia; el imperativo occidental de organización es tan absoluto que lo nacido ayer ya camina con norma adoptada, ya ha echado vértebras y ya apoya al que prosélito, se hace cargo de él. él.

Eso, el organizar, constituía el apetito más vivo, de este viejo jefe de hombres e intentó sociedades y capillitas que se le hacían arena o humo, porque para organizar en la tierra de Chile es preciso poseer una autoridad muy grande y muy fuerte que faltaban al noble viejo del cual se reían los tontos lo mismo que los inteligentes banales.

Yo veo el alma de mi amigo querido, parecida a la medusa que va y viene, pesca allá una brizna, toma aquí una burbuja y sigue así, preciosa e infeliz, sin cales en su cuerpo para vencer al crustáceo toda ella en carne viva, sin firmeza en sí ni en el agua que la sostiene y que le falta en cada momento.

Había dejado de ser católico no sé cuando, desde hacía mucho tiempo. Era como su familia de místicos y ansioso de experiencias interiores, ávido de signos, y ha debido parecerle el catolicismo una religión demasiado sedentaria de clan arribado, de vieja "fundación" sin novedades. Yo, que le sentía vivir como el cateador coquimbano que repecha la cordillera en un jadeo constante, tremendo al sol y a la sombra, solía desear al alma querida una parada en la búsqueda, un escondedero de reposo. Pero él miraba con malísimos ojos los "establecimientos" y las calmas que caen al fin en el sueño; él me hablaba con desdén de algunos "serenos", de ciertos "fundados", haciéndome ver los tales arribos como unas vilezas honorables y unas flojedades que acaban en polvos de muerte.

Seguía a esta flaqueza suya del vagabundaje religioso otra talvez más grave aunque fuese tan noble de índole: su falta absoluta de discernimiento respecto de los individuos, el creer a todo el mundo capaz de... iluminación, conocimiento y trabajo óptimo. El "no eches margaritas a los puercos", lo leyó sin querer entenderlo literalmente, que es la única manera que hay de entenderlo. Cuando salía de su casa con "buenas nuevas" el pobre diablo que aparecía a la vuelta de la esquina le recibía el "mensaje" y el que le hablaba por un comentario político o mundano le parecía discípulo posible. No se le ocurrió nunca en su cabeza surcada de ocurrencias lúcidas que entre los hombres como en los edificios, hay sin remedio los desvanes, las salas y los corredores, unos para el coloquio y para la hornaza de la intimidad, otros para el menester de servir sin entender lo que sirven y otros que son puras pasaderas para ir hacia los demás, carne de tránsito a la que es inútil dar ni encomendar nada. El hecho de que Cristo, El mismo escogió, y apenas doce, entre los cuales uno sobraba; el que escoger es función fundamental del hombre, como el articular el lenguaje y el alumbrar los conceptos, el que desperdiciar en los buenos para nada significa hombrear a los mejores, fueron verdades de Pero Grullo que no quiso aprenderse nunca, voluntariamente cegado por una generosidad tan santa como loca. No puede darse montón más abigarrado que el de sus discípulos amigos de nuestro guiador, almácigo más grotesco que el de su congregación de fieles.

Sin embargo, no se mereció la indiferencia y la ironía gruesa que fueron las únicas reacciones que obtuvo en su Santiago mundanísimo a lo largo de veinte años de trabajo social. ¿Por qué provocaba el desdén redondo de los capitalinos este santo viejo? No sería a causa de su altruísmo, porque muchos se aprovechaban de él si venía el caso; no sería por su patriotismo, que de esta planta hasta hace poco hacíamos criadero cuidadísimo los chilenos. Era a causa del absoluto de ambas cosas, en el dar y el aconsejar. Resultaba antipático como León Bloy a los clérigos o don Francisco Giner a los pedagogos esta vida puesta bajo la norma del absoluto, volando a doscientas atmósferas o quemándose a fuego de antracita, a la vista de los hombres del "tal vez" y del "según", de los que vuelan lo que vuela una pintada y de los que escogen para leña de su fuego los tallos de malvavisco, que sollaman y no queman.

Su llaneza rayana en camaradería de colegio, tampoco gustaba a los chilenos que si no son fríos de pecho, lo son de solapa, por una imitación sajona de las más infantiles. Aquel hombre que había sido Almirante y no lo recordaba ni lo hacía recordar, les parecía un viejo caído en cierta demencia senil dulce de ver a veces y desagradable en otras.

Ahora está el viejo marino delante del ángel de la raza que si existe, lo recibió como a su hijo y si no existe, él puede componer con una materia más dócil para proyectar creaciones, y yo le oigo sus encargos para el Angel de Chile, dados con la rotundidad que él usaba en sus conclusiones—"Gabriela, hay que precisar, a toda costa, siempre"— y que se escalonan así: "Danos contra la avidez la templanza; danos contra la carnalidad el resuello del espíritu; danos contra los alcoholes engañosos la embriaguez legítima del mar y la montaña; danos contra la desorientación, el hallazgo del ritmo nuestro, del que nos conviene, del que nos haga diestros y dichosos". El ángel le escucha seguramente con menos extrañeza que los petimetres de la Calle Agustinas, le ama el sagitarismo del juicio para pedir lo necesario, y si tenemos remedio todavía, le responderá que sí, que sí, que sí...

1932

Definirse es abrir el pecho

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración:* Costa Rica, y agosto de 1936 =



Madera de *Laporte*

Quiere España que sus creadores sean de espíritu democrático Está creándose la República. Acaba de dar un paso adelantadísimo exigiendo a sus representantes diplomáticos y consulares que se definan. Y definirse en esta hora del motín de la casta militar cavernícola es abrir el pecho para mostrar el alma republicana. No hay alternativa. España necesita trabajadores para su libertad. Diplomáticos y cónsules son trabajadores en el exterior y en sus manos tienen el inmenso papel de vincular a España con los países que la quieren, que la admiran y deben contar con el medio humano que la haga accesible a ese cariño y a esa admiración.

Ilya Eremburg, de quien no se abusa en la cita cuando de España precisa hablar en momentos como el de ahora en que está surgiendo de la cochinada monárquica que la tuvo asfixiada durante siglos, señaló certeramente en 1931, el mal horrible de diplomáticos y cónsules que llevaban la corona tapada con trapos y seguían representando a la República. Está Eremburg en París y quiere la visación del pasaporte soviético. Acude al cónsul español. Y el cónsul niega la visación alegando que el Soviet no tiene derecho para extender pasaportes a sus súbditos con rumbo a España. El Embajador interviene y el cónsul desacata el mandato de su superior. El conflicto surge y por fin, después de cuatro meses de espera, logra Eremburg que quede "zanjado el conflicto entre el cónsul monárquico y la República española". Diplomáticos y cónsules formaron la más odiosa casta en daño de España a la caída el la monarquía. El incidente ocurrido al escritor ruso que quiere, no pasaporte de procedencia y sello español, sino simplemente el visto bueno puesto al que su nación le ha entregado para ingresar a España, pinta el estado retrógado en que estuvo la República. Naturalmente que la República logró darse algunos representantes de lealtad indiscutible. Allí está Pérez de Ayala suscribiendo el manifiesto de adhesión incondicional a la República. Y Pérez de Ayala es de los que la han representado dignamente en Londres. Apenas los cavernícolas se han lanzado al motín de la traición, él salta y con otros escritores grandes da el homenaje valeroso al régimen democrático amenazado por los cavernícolas. Pero no todos son como Pérez de Ayala. De modo que España en esta hora sangrienta da un paso visionario pidiendo a diplomáticos y cónsules su afirmación leal y espontánea.

Es el comienzo para España en la formación del diplomático y del cónsul de la República. Lo entienden a tiempo los que están creando la nueva España. Pesaban esos personajes y personillas apoderados de las relaciones exteriores de una República nacida para servir de ejemplo, por lo menos a las democracias de los pueblos de América que España descubrió dándoles la más hermosa de las lenguas. Pesaban porque salían de España con la corona tapada con trapos. Embajadas y consulados en poder del monárquico eran la regresión. No fueron sacados como en el caso de Pérez de Ayala de entre los escritores de espíritu bien orientado. Nombres con abolengo fué lo que en la mayoría de los casos envió la República a servirla, que es a crearla, fuera de su territorio.

Y la traicionaron, porque tenían tapada la corona. ¿Qué hicieron por la República esos hombres que limitaron su republicanismo a colocar sobre la puerta o el muro exteriores el rótulo? Seguían admirando al rey y no lo ocultaban. En el fondo de sus almas ha estado aletargado el motín que hoy promueve la casta militar, ignorantona y traidora. La diplomacia con poder bélico habría hecho en España lo mismo que está haciendo la milicia que creció respetando al rey.

Y así como España quiere con visión admirable crear sus servidores diplomáticos, también creará las milicias de la República. Ya Azaña lo había iniciado en los breves meses de su gobierno pasado. Con suma inteligencia fué liquidando la casta militar que sirvió de sostén al régimen cavernícola de la monarquía. Depuró el ejército e introdujo elementos nuevos de alma democrática. Pero la deslealtad del vejete que hacía de Presidente liquidó las cortes y entregó la República a los monárquicos encubiertos, es decir, a los cavernícolas. Volvieron entonces a ocupar sus puestos los militares adictos al rey. Y el ejército monárquico preponderó. De allí ha salido el traidor de hoy. Se afana en decir que no intenta volver a la monarquía, pero es que quiere hacer sentir que puede engañar al pueblo español tan abatido por la monarquía.

Por eso España creará a la par que sus servidores diplomáticos y consulares, sus milicias. Se ensangrienta España pero no es inútil el sacrificio. Quedarán liquidados los canallas engalonados que amamantó la monarquía. Y en cambio nacerán las milicias de la República. Es urgente que nazcan esas milicias. La aurora de España es gloriosa. El pueblo lucha en defensa de la democracia. Y de ese luchador abnegado, que coge el arma por convicción honda de que permitir la regresión de España es sumirla en las tinieblas, en donde explotaciones y crímenes no tienen fin, debe formarse el militar de tipo nuevo. El militar que necesita la República para crecer y dar al mundo ejemplos sorprendentes. No nacerá el héroe que un decreto lleva a la más alta graduación militar. Generalmente este tipo de militar es el más funesto para los países. Cualquier osado con fortuna realiza en una acción de importancia o baladí aquello que aparece o es necesario que aparezca con caracteres de hazaña heroica y entonces surge la gloria militar nacional. Engalonada con el último trapo de la jerarquía pasea su figura insolente y poco a poco se convierte en una amenaza, en una calamidad nacional. España tiene a montones los casos de militares surgidos de improviso y elevados por decreto a la última escala. Cada uno ha dado maldad. Allí están amotinados tratando de que España vuelva a la barbarie Son personajes y sirvieron a la monarquía y a la República. Traicionan y están justificados, porque no son, no fueron jamás militares de la República. Quedaron como rezagos de la monarquía. Y quieren la regresión. El mayor de esos pillos providencialmente quedó hecho carbones en el asiento del avión que lo traía veloz a tomar puesto en el motín. Pero quedan sus pares ensangrentando a España, a la España republicana.

Pues de las masas que con tan honda visión del peligro toman el arma para ir a matar al cavernícola que ha surgido osado y cruel, nacerá el ejército de la República. Estamos seguros de que el tosco militarote de hazañas grotescas no tiene campo en esta lucha providencial. No está España simulando escenarios de guerra para mentecatos afortunados. No tiene ahora campo el menguado sin sesos y con osadía que sorprende el instante afortunado y lo aprovecha para la trapisonda que ha de darle gloriola militar. Del lado de la República sólo está el que siente la aurora de los tiempos nuevos. Y esa aurora es de sacrificio real. No se simula ni el simulador puede vivir conforme. De suerte que la República tendrá su ejército en donde cada unidad será consciente del destino de las instituciones democráticas. Las jerarquías, por lo mismo, serán secundarias. Y desde luego, esas podridas jerarquías, de donde han surgido los amotinados de hoy, no tendrán ya campo en la España nueva.

Para los pueblos de América lo que España haga por salvarse de la casta militar es ejemplar. Afortunadamente, España se librará del predominio de las milicias. Los amotinados cuando vuelven sus ojos a estas naciones en pe-

tición de apoyo moral nos dicen que están trabajando por implantar en España un régimen que nos servirá de modelo. Están haciendo el sacrificio de salvar a España y de salvar al continente que ella descubrió. Y olvidan los amotinados de la traición que aquí estamos ya cansados de sus modelos. Ha surgido cada Juan Vicente Gómez que llena de horror. Y quieren todavía enviarnos sistemas de gobierno que vamos dejando perdidos afortunadamente. Y a eso llaman los cavernícolas de España trabajar por sus hijas de América. Siguen viviendo en la barbarie.

España nace, la España nueva que sí será guía de esta América nuestra. Esperémosla del sacrificio consciente de esos millares de trabajadores que se lanzan a luchar contra los cavernícolas y los vencen con gloria cierta, con la gloria que no se transformará en galones, sino en la creación de una España guía.

Leyendo a Coleridge...

(Viene de la página 83)

modificarlas, los sentimientos y las afecciones se funden más fácil e íntimamente con esas creaciones ideales, que con los objetos del sentido; y solamente entonces siente el requisito del interés, necesario para los sucesos y accidentes más importantes, cuando, por medio de la meditación, han pasado a pensamientos. La sanidad de la mente fluctúa entre la superstición con el fanatismo de un lado y el entusiasmo con la indiferencia y una dolencia de lenta acción del otro. Porque las concepciones de la mente pueden ser vividas y adecuadas hasta evitar el impulso de su realización, que es más fuerte y más impaciente en aquellos que no poseen más que sólo talento (o la facultad de apropiarse y adaptar la ciencia de otros) y carecen de algo del poder de la confianza creadora y absoluta del genio. En consecuencia y por esta misma razón, es que hay hombres de "dominante" genio. Mientras los primeros permanecen contentos entre intención y realidad, como si fuere un intermedio al cual su propio espíritu supie la sustancia, y su indignación, la forma siempre mudable; los últimos fijan sus preconcepciones en el mundo externo, a fin de presentarlas al revés de su propia visión con el grado satisfactorio de claridad, distinción e individualidad. Estos, en tiempos tranquilos están capacitados para exhibir un perfecto poema en un palacio, en un templo o el paisaje de un jardín; la fábula de un romance en los canales que unen un mar al otro o en las paredes de una roca que le sirve como dorso para soportar las olas, imitando el poder y supliendo la benevolencia de la naturaleza para dar abrigo a los navíos; o en acueductos que arqueando el amplio valle de montaña a montaña, ofrecieran una Palmira al desierto. Pero, ¡ay!, en épocas de conmoción los hombres son quienes están destinados a salir al frente tomando la forma espiritual de la ruina hasta llegar a destruír el discernimiento acumulado por las edades, con objeto de sustituirlo por la fantasía de la hora presente; y cambian reyes y reinados como los vientos que, de un punto a otro en el firmamento, trasladan y dan formas varias a las nubes. Los archivos biográficos parecen confirmar esta teoría. Los hombres geniales, en tanto como podemos juzgar de sus propias obras o por los datos ofrecidos por sus contemporáneos, parecen haber sido de temperamento calmo y tranquilo en todo aquello que con ellos mismos se relacionara. Confiados en su seguridad íntima de permanente fama, aparecen resignados e indiferentes en lo que atañe a su reputación inmediata. En toda la obra de Chaucer reina una jovialidad, una alegría viril, que hace imposible dudar de un hábito de sentimiento que correspondiese al autor mismo. En su época fué proverbial la uniformidad y suavidad del temperamento de Shakespeare. La misma calma y una gran posesión de sí mismo pueden afirmarse de Milton en relación con sus poemas y en lo que concierne a su carácter poético. Reservó su indignación para los enemigos de la religión, de la libertad y de su patria. No es capaz mi mente de formarse una más augusta concepción que la que surge al contemplar este grande hombre en sus últimos días, pobre, enfermo, viejo, ciego, calumniado, perseguido,

Darkness before, and danger's voice behind.

(Oscuro el frente y detrás, voces de peligro).

en una edad en que fué muy poco comprendido, por su partido; por quien o contra quien había combatido; entre hombres a quienes antes había golpeado hasta acortar, él mismo, la distancia; y a pesar de todo, sin acallar nunca la música de sus propios pensamientos. Aplaudido solamente por la fe profética de tres o cuatro individuos, exclama, sin embargo:

...argue not
Against Heaven's hand or will, nor bate a jot
Of heart or hope; but still bore up and steer'd
Right onward!

(No argüir contra la mano o voluntad del cielo; no disminuir un ápice del corazón o la esperanza; pero siempre adelantarse y guiar rectamente hacia el frente).

"Por otros conductos llegamos al conocimiento de que Milton en sus últimos días, tuvo detractores y escarnecedores; y aun en sus días juveniles y de esperanzas, tuvo también enemigos que habrían sido desconocidos para nosotros si no fuese que también eran enemigos de su país".

"Estoy bien seguro de que en los países de avanzada literatura, donde existen muchos y excelentes modelos, un alto grado de talento, combinado con gusto y buen criterio y empleado en trabajos de imaginación, puede adquirir para un hombre el nombre de gran genio; sin embargo, este término **analagon** de genio, el cual en algunos estados sociales puede aún hacer más populares sus escritos que la absoluta realidad podría haberlo hecho, en vano se buscará en la mente y en el temperamento del autor mismo. Y aun en ejemplos de esta naturaleza, un exa-

---

Manuel Azaña: ***De la lealtad en los pactos políticos***, del discurso en el Parlamento español el día 3 de abril de 1936:

A mí se me habla algunas veces, y también lo leo en papeles públicos; se me habla algunas veces de lealtad. Señores, en mi opinión, el concepto está demás; vais a ver por qué. ¿Qué es la lealtad en el cumplimiento de un pacto político? Se puede entender de dos maneras: o una lealtad que llamaríamos escrituraria, que consiste en tomar el texto del pacto e ir rengloneando y puntuando número por número y fecha por fecha los acuerdos o disposiciones del Gobierno que lo van sancionando y cumpliendo, tachando lo cumplido y poniendo una interrogante más o menos impaciente en lo que está por cumplir, y ésta es una lealtad literal, fácilmente exigible y fácilmente comprensible; o es otra especie de lealtad, que es, por encima de todo, aquella inteligencia profunda del fin común convenido y aquella adhesión inquebrantable a los intereses comunes declarados que nos enseña a todos a sufrir con paciencia los errores y a exigir con severidad el cumplimiento del deber dondequiera que cada cual esté colocado, y a sacrificarse, a abnegarse por lo que nos ha llevado a todos, con sacrificios previos en el orden de cada cual, a instituir una política común bajo la enseña republicana y bajo la responsabilidad de un Gobierno republicano. *(Muy bien).*

De cualquiera de las dos maneras que queráis entender la invocación a la lealtad, os repito que, tratándose del Gobierno que yo presido, la invocación y el vocablo están de sobra. Por esta razón, los señores diputados y el presidente del Gobierno hemos puesto algo en la elaboración del pensamiento político y en la adopción de la táctica del Frente Popular. No es una cosa que a mí se me haya encargado o que yo haya descolgado de un perchero al pasar por algún desván de mi casa; no, es la propia sustancia de mi pensamiento político y de mi ser político, y siendo esto así, la proyección de la política del Frente Popular, mientras yo tenga la responsabilidad de presidir el Gobierno del Frente Popular, es una cosa que pertenece a mi propia conciencia de ciudadano, de español y de republicano. *(Muy bien).*

men más detenido descubre, frecuentemente, que la irritabilidad que se ha atribuído al autor, como causa de su genio, se origina realmente en una mala conformación del cuerpo, dolor torpe, o defecto constitucional de la sensación de placer. Lo que se le cobra al autor pertenece al hombre, que probablemente permaneció adormecido por las humanitarias influencias de su verdadera ocupación, que sin embargo, carga con la culpa de su irritabilidad.

"¿Cómo, entonces, poder explicarse la fácil creencia dada a esta imputación, si ella no es la causa, como me he empeñado en demostrarlo apoyado en la experiencia? Esta no me parece a mí una solución difícil. En cualquier país en que la literatura esté extensamente difundida, habrá muchos que equivoquen el deseo intenso de poseer la reputación de poeta genial, con los poderes reales y las tendencias originales que lo constituyen. Pero, hombres, cuyo predilecto deseo es fijarse en los objetos que están enteramente fuera de su propio dominio, se vuelven, en todos los casos, más o menos impacientes y dispuestos a indignarse. Por otro lado, aunque sea paradoja afirmarlo, un hombre puede conocer una cosa y creer lo contrario, empero, una persona vana con toda certeza podrá habituarse a dar gusto a su deseo y perseverar en su intento de aparentar lo que no es hasta llegar a convertirse en uno de sus propios prosélitos. A pesar de ello, aunque esta impostura puede discrepar, aun en los sentimientos de la propia persona por un sentido real del poder interno, ¿qué puede ser más natural que la diferencia se revele en sospechas, y en celosa irritabilidad? Aun en el mismo florido césped que cubre un hueco no vemos, con frecuencia, que se delata él mismo por su tembloroso sacudimiento?"

"Pero la multitud de libros y la difusión general de la literatura han producido otro y más lamentable efecto en el mundo de las letras, tan abundante como explicable, aunque sin justificación: el menosprecio con que la más bien fundamentada queja del genio injuriado, se rechaza por frívola, o se toma como asunto divertido. En los días de Chaucer y Gower, nuestra lengua podría (con la debida concesión de lo imperfecto de un símil) compararse a una tosca caña de la selva, de la cual los favorecidos solamente por Pan o Apolo pudieron construír algo semejante a la ordinaria **syrinz**; y de esta sólo los constructores podían sacar acordes musicales. Pero ahora, debido en parte a la labor de los poetas siguientes y en parte por el estado de la sociedad más artificial y el intercambio social, el lenguaje, mecanizado, como si se dijera en un organillo, suple, simultáneamente, de instrumento y armonía. Así aun el sordo puede ejercitarse para regocijo de muchos. Algunas veces (porque es con símiles, como con bromas de sobremesa, como está uno seguro de sugerir otros) he intentado ilustrar el estado presente de nuestro lenguaje en su relación con la literatura, por medio de un taller de imprenta de pequeños y grandes clisés, el cual siguiendo la moda actual de inconexos períodos epigramáticos, no requiere sino una porción regular de ingenuidad para variarlos indefinidamente y aun dar algo que si no tiene significado, pareciera que lo tuviera. Quizás mejor: porque evita al lector la molestia de pensar; impide la vacuidad, mientras tolera la indolencia; y salva a la memoria del peligro del exceso intelectual. De aquí que de todas las industrias, la literatura en la actualidad exija menos talento o conocimiento, y de todas las formas de literatura, la elaboración de un poema. Indudablemente, la diferencia que existe entre esos y las obras del genio, no es menos que entre un huevo y el cascarón; y, sin embargo, vistos a la distancia parecen la misma cosa.

(Seguirán).

En su *Discurso* del 3 de abril de 1936, en el Parlamento español, como Presidente del Consejo, dijo don Manuel Azaña:

Nosotros, mientras la ley nos dé medios para ello, venimos a romper toda concentración abusiva de riqueza, dondequiera que esté; a equilibrar las cargas sociales con arreglo a un criterio que ni es nuevo ni lo hemos inventado nosotros; pero que se dirige a la extirpación del parásito holgazán y a no considerar en la sociedad española más que dos tipos de hombres: los que colaboran en la producción y los que viven del trabajo y a costa de la labor ajena. *(Muy bien).*

Estos hombres, parásitos holgazanes, de que la sociedad española está plagada en todos sus órdenes, porque también los hay en las clases humildes, no pueden tener ante nosotros valor alguno. A eso va nuestra política, y si hay gentes en la sociedad española que por privilegio histórico o económico, o por lo que fuere, han disfrutado hasta hoy del extraño poder de vivir, de generación en generación, de lo que otros hacen, es preciso considerar que también hay en España millares de ciudadanos españoles que no viven de no trabajar, sino que no pueden vivir porque no trabajan. Este atroz desequilibrio, este irritante desequilibrio, que no es de ahora y no lo ha instaurado la República, que constituye una herencia de la sociedad española, como de otras del mundo, ya no lo soportan la conciencia colectiva ni la conciencia de los hombres justos; no lo soporta, y como no lo soporta, estamos en la obligación si es posible y si vosotros, diputados, queréis prestar vuestro concurso a esta obra, de iniciar por esos caminos una rectificación. Naturalmente, yo no voy a incurrir en el candor—no me he hecho todavía una reputación de candoroso—de aconsejar ni de esperar que una clase social se suicide, no; ninguna clase social se ha suicidado jamás. Pero es preciso también tener en cuenta que ninguna clase social jamás se ha dejado perecer en la desesperación, y se presentará para los privilegiados de España la opción entre acceder al sacrificio o afrontar los efectos de la desesperación. Nosotros, con plantear el problema y traer aquí los medios de iniciar una resolución bajo la enseña republicana, hemos cumplido con nuestro deber.

Algunas de las palabras memorables de don Manuel Azaña como Presidente del Consejo, en el Parlamento español, el día 3 de abril de 1936:

No se puede gobernar en un país, lo mismo hacia la derecha que hacia la izquierda, si los gobernados no tienen confianza en el Gobierno que los rige, confianza que no consiste en esta confianza parlamentaria que sostiene a un Gobierno en el Parlamento, sino en esta otra especie de seguridad capaz de transigir con los desaciertos, capaz de lavar las culpas, pero que necesita mantener en lo hondo del corazón popular aquella raíz por la cual se sustenta el Gobierno en la cima de la nación, sabiendo que detrás de él hay un pueblo que, a pesar de sus errores, le secunda, le sostiene y espera en él. Cuando esta confianza falta, señores diputados, no hay Gobierno que pueda subsistir, y es un error suponer que la fortaleza de un Gobierno depende del número de batallones que pueda poner en pie de guerra o del número de armamento o fuerza de armamento que pueda desencadenar contra sus enemigos. No; la fortaleza de un Gobierno consiste en esa compenetración entre su autoridad moral y su poder legal y el apoyo moral, entusiasta, silencioso a veces y siempre sacrificado, que le presten los innúmeros adeptos que tiene que tener por el país entre los afectos al regimen. Esta es la verdadera fuerza de un Gobierno; ésta no ha existido durante algún tiempo en España.

Haya de la Torre...

(Viene de la pág. 96)

Pero, lo que nadie podrá negar es la acción trascendente y fulgurante que desarrolla desde el año 23. Allí está con su dilatada reverberación para las pupilas de menor tabulación óptica. Cuando la marea de ergotismo subía y rebasaba la medida, Haya de la Torre exclamaba siempre, a pesar de su gran talento polémico: **Yo no discuto, yo hago.** Y efectivamente, Haya de la Torre **ha hecho.** No hay otra réplica para la **acción** del jefe del Aprismo, sino otra acción de igual nivel vital."

"América Latina ha encontrado en Haya de la Torre su hombre de acción. Es un hecho simbólico de la época que el caudillo no movilice, como fuerza esencial, las bayonetas y los cuarteles; moviliza en primer término las fuerzas civiles de la nación; hace surgir el **héroe civil.** El martirologio aprista está rebosante de héroes de la masa anónima que están reclamando su Plutarco para una nueva serie de "Vidas Ejemplares."

Y de esta masa anónima saldrá triunfante la revolución indoamericana.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Haya de la Torre, el caudillo indoamericano

Por ANTENOR ORREGO

= *Envío del autor.* Lima, Perú. Junio de 1936. =

Acaba de lanzar la Editorial "Ercilla" la segunda edición del libro fundamental de Haya de la Torre, "El Anti-imperialismo y el Apra". Es el libro de un hombre de acción, pero, de un hombre de acción que piensa. Con ello se ha dicho que la acción que desarrolla el caudillo aprista es una acción profunda, una acción que surge de los estratos o capas fundamentales y primordiales de la vida latinoamericana. Con excepción hecha de Bolívar y de Martí, que fueron dos caudillos que, también, pensaron, los pueblos indoamericanos han estado acostumbrados a la acción superficial y de sobrehaz, a la acción banal y epidérmica que carecía de extensión panorámica y de ahincamiento hondo en el planteamiento del problema histórico. Pero, a la acción política de Haya de la Torre no se le puede encontrar su par sino en la acción militar que desarrollaron los grandes capitanes de la Independencia suramericana, porque la acción de Martí—que tenía, también, excepcionales condiciones de conductor y de caudillo—tuvo que restringirse, por las condiciones en que actuó, al escenario circunscrito de Cuba.

Así como hay pensamientos superficiales y adocenados que de tanto rodar han mondado sus aristas creadoras, hay, también, acciones epidérmicas y superfluas que no sobrepasan el contorno digestivo o sensual del sujeto operante o que, a lo sumo, alcanzan el litoral fronterizo de la parroquia lugareña. Son aquellas acciones, detrás de las cuales no hay un pensamiento profundo, vigoroso y creador.

Es de toda evidencia para mí que una capacidad superior en un sentido determinado, incluye, igualmente, todas las otras capacidades superiores, por lo menos en estado latente, que necesita una personalidad para lograr su pleno desenvolvimiento y eficacia realizadora. En el estadista y en el caudillo excepcional está incluído, también, un pensador claro, realista y vigoroso. Sólo que en el estadista o en el caudillo la acentuación de su personalidad gravita sobre la acción, que es la valía o potencia determinante de sí mismo. De idéntica manera, en un hombre de pensamiento creativo y profundo, está incluída, también, su capacidad de acción, sólo que el acento de su personalidad recae en la inteligencia, en el conocimiento, en la sabiduría. Siempre me ha parecido que aquella antinomia radical que suele establecerse entre el pensador y el hombre de acción, o viceversa, no pasa de ser un lugar común superficial y, en todo caso, si esa antinomia o exclusión se produce, es sólo en los estratos inferiores de la capacidad humana, donde no existe, en realidad, ningún poder creativo, profundo y auténtico.

He querido hacer estas reflexiones previas, para explicar por qué "El Anti-imperialismo y el Apra", siendo el libro de un hombre de acción, es también, el libro de un pensamiento profundo, vigoroso, conciso y realista. En verdad, no hay acción trascendente sin un pensamiento profundo que la conduzca y la rija. Pensamiento expreso en palabras o en libros, como hace Haya de la Torre y como lo reclama la época, o pensamiento implícito o presupuesto en la personalidad de todos los grandes caudillos de la historia.



La teoría anti-imperialista que se plantea y se desarrolla en este libro es el arma revolucionaria más tajante que se haya forjado para las masas latinoamericanas. Tajante por la concisión, por la precisión, por el vigor y el realismo con que se plantea. Ojos penetrantes y buídos que eliminan de un solo vistazo todo el garrulerismo frondoso del trópico y manos maestras que arquitecturan las ideas, como arietes de combate, invulnerabilizando la ciudadela de comando.

A la concisión de pensamiento y de juicio corresponde una admirable concisión y sobriedad de estilo. Giros flexibles, parvos y ceñidos, como venablos, que a veces alcanzan a ser fulgurantes a fuerza de contención equilibrada y de energía que se concentra y se revierte sobre sí misma. Diríase un pensamiento y una dicción sajones, si toda la nueva generación aprista no fuera concisa y realista, como reacción contra la melaza hiperbólica y lujuriante del trópico colonial.

Para forjar un arma teórica de esta calidad y de esta eficacia revolucionaria, ha sido preciso un absoluto dominio de la ciencia y de la dialéctica marxistas. Ahora se puede decir, con rotunda certidumbre, que el marxismo ha encontrado su aplicación cabal en América Latina. Para ésta, el libro de Haya tiene tanto o mayor valor que el pensamiento de Lenin para la revolución rusa, con la sola diferencia de que el Aprismo sabe, por anticipado, lo que va a hacer, con perfil preciso, cuando alcance el poder político; en tanto que Lenin a las puertas mismas de la revolución, en el momento de partir de Suiza, su último destierro, pensaba en realizar sólo "la etapa democrático-liberal en beneficio del proletariado". La gran importancia teórica de Lenin antes de la revolución de octubre estriba, más que para el caso ruso en particular, para la teoría general de la revolución en Europa y en los grandes países industriales. "El imperialismo, etapa superior del Capitalismo", es la teoría de la etapa de concentración monopolista del capitalismo, aplicable a todo el mundo; "El Comunismo de Izquierda" y "¿Qué hacer?", son libros de crítica y de táctica para la lucha inmediata sin importancia teórica decisiva y sólo el "Capitalismo de Estado y el impuesto en especies" es el libro de la experiencia postrevolucionaria, cuando ya estaba consumada la revolución. Lo que en verdad hizo la **dictadura del proletariado** no fueron las anticipaciones teóricas de Lenin, sino ese oportunismo político genial que tanto caracteriza al gran caudillo ruso. Capacidad luminosa y extraordinaria de improvisación sobre la marcha de los sucesos, sobre el galope acezante de su pueblo y que le asigna un relieve definitivo en la historia del mundo.

Sé que esta afirmación mía con respecto a la trascendencia y al significado del libro de Haya va a escandalizar a todo el celoso e hipersensible marxismo tropical que ha hecho de Marx y de Lenin una suerte de "santones" o "tabúes" ortodoxos, que paralizan toda facultad autónoma de discernir por cuenta propia. Así "niegan" a sus propios "dioses", pero, no con la negación dialéctica, que sería lo vital, sino con esa negación destructiva que los sume en la delincuescencia académica y verbalista que convierte la discusión de ideas en lucha de palabras, en una simple y estéril logomaquia. En trance tal, sólo me remito a los hechos y al porvenir, de los cuales espero la confirmación de mi juicio.

En las condiciones actuales, en que la lucha nos urge a cada uno de nosotros con reclamo imperativo, no es posible hacer un análisis detallado y preciso del libro de Haya de la Torre, como lo requiere su gran importancia científica, teórica y revolucionaria. Este artículo no es sino una anticipación periodística.

Quiero finalizar este comentario, trascribiendo algunos párrafos del capítulo que consagro al Aprismo en mi libro: "El Pueblo-Continente", que va a publicarse en breve:

"Si el ergotismo sudamericano, ergotismo escolar y pueril que juega con las ideas, como el hombre primitivo y salvaje juega con los espejuelos y baratijas de la industria, quiere darse todavía el gusto de impugnar la formulación racional de la doctrina anti-imperialista, puede imaginar todas las réplicas negativas posibles. No hay sistema racional o lógico que no sea objetable. El curialista y pica-pleitos de aldea lo saben demasiado bien cuando defienden una mala causa o cuando quieren despojar de su **terrenito** al campesino ingenuo. Contra la doctrina de Haya de la Torre se sigue y se seguirá aún ergotizando en América Latina. Se erguirán lo que he llamado en un ensayo anterior las viejas y nuevas "larvas mentales", congeladas, estáticas y cadavéricas, que circula el esnobismo académico y europeo en las pinacotecas de las universidades.

(Pasa a la pág. anterior)

Imp. La Tribuna